

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Cuentos darwinianos

Rosa Beltrán



letras
para
volar

Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Cuentos darwinianos



Rosa Beltrán

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Cuentos darwinianos

Rosa Beltrán



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General
Académica y de Innovación

Patricia Rosas Chávez
Dirección del Instituto
Transdisciplinar de Literacidad

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2020

Director de la colección
Fernando del Paso Morante †

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autora
Rosa Beltrán

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Diciembre de 2020

ISBN 978-607-547-988-0

Hecho en México
Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere

transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Prólogo
11	¿Quién es Rosa Beltrán?
12	Supervivencia del más apto
16	El origen de las especies
21	Teoría de la adaptación
36	El salto evolutivo
57	Selección natural
75	Instinto de supervivencia
79	Shere-Sade



Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se le llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento de la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias, las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva” Carmen *dixit*. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada, cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

La excepcionalidad de estos nuevos títulos también ha estado marcada por el contexto de la pandemia causada por el COVID 19 que nos llevó a desacelerar el ritmo, como en todo el mundo; no obstante la demora, los cinco títulos que no se habían podido imprimir se materializan como ese refugio que la lectura y los libros nos brindan para no quedarnos en soledad, recabar fuerzas y continuar. Los invitamos a ampararse en las letras de nuestras perspicaces autoras de cara al panorama incierto que nos plantean la pandemia y la nueva normalidad.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

¿Quién es Rosa Beltrán?

Rosa Beltrán es novelista, cuentista, ensayista y editora. Fundadora de las colecciones literarias Solo cuento y Crónica de la UNAM. Ha escrito las novelas *La corte de los ilusos* (Premio Planeta 1995), *El paraíso que fuimos* (2002), *Alta infidelidad* (2006), *Efectos secundarios* (2017) y *El cuerpo expuesto* (2013). Es autora de los volúmenes de cuentos *Optimistas* (2006), *Amores que matan* (1996) y de los libros de ensayos *Verdades virtuales* (2019), *Mantis: sentido y verdad en la cultura literaria posmoderna* (2010) y *América sin americanismos* (1996). Es licenciada en Lengua y literaturas hispánicas por la UNAM y doctora en Literatura Comparada por la Universidad de California, Los Ángeles. Ha sido subdirectora de *La Jornada Semanal* y directora de literatura de la UNAM. Su obra ha merecido varias distinciones, entre ellas el reconocimiento de la American Association of University Women (AAUW), el Premio Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en el área de creación y el reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz por la UNAM. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, italiano, francés, holandés y esloveno, y sus cuentos aparecen en antologías publicadas en distintos países. Ha sido calificada como “una voz original cuya ironía punzante y mirada aguda inciden sobre la tradición para subvertirla”.

Supervivencia del más apto

Desde que cumplí setenta años, entreno a mi mujer todas las mañanas a fin de que, llegado el caso, pueda asistir en su viudez. Se podría pensar que es prematuro, pero las estadísticas me confirman que mis previsiones tienen un fundamento: los hombres nos vamos antes. ¿Y alguien se ha detenido a pensar en las penalidades de la viuda cuando sus facultades menguan? La historia de la viuda alegre pertenece al cine y la literatura. En la realidad, las viudas se quedan ciegas, sordas, cojas, etcétera. Una vez se supo del caso de una viuda amnésica que se empeñaba en cobrar su pensión a nombre de otra y pasó años sin conseguirlo. Mi mujer, cuando oye estas historias, se aterra. Por eso he decidido entrenarla en el arte del deterioro. Lo ideal sería ir de la cabeza a los pies, le digo, y la alecciono sobre las ventajas de ir siguiendo una lógica. A ver, pensemos. ¿Cuáles son los verdaderos problemas de las viudas? Las tuertas, por ejemplo. Apenas si logran que alguien repare en ellas. En general no las atienden, las mandan a otras ventanillas. Podrían despertar mayor interés si se decidieran por la solución radical: o los dos ojos o ninguno. Optaremos por los dos. Mi mujer se agita. Tranquila, le aclaro, para eso está la profilaxis. Le pongo un paño grueso en los ojos y le digo: adelante, ten ánimo. Más

vale empezar a tiempo. Lo primero es caminar por el cuarto sin que te tropieces. Ella da dos pasos y tira la lámpara de pie. ¡Es que nunca antes he sido ciega!, se disculpa. Yo discrepo. Para ser ciega eres pésima, le digo. No usas las yemas de los dedos ni adelantas un pie. No comprendes que la esencia del desplazamiento del ciego es huir del obstáculo. ¿Qué tal si me tiras encima la jarra de té caliente? ¡Pero si tú ya no estarás!, responde. Muy bien, no estaré, pero ¿y quién me garantiza que no te arrojarás por la ventana? Los ciegos palpan, tantean, abren bien los dedos tratando de emerger de las aguas profundas de esa otra falta de memoria que es la ceguera. En cambio tú te confías mucho. Crees que todo es cosa de improvisar. Ella busca una salida. Dice que sabrá si corre peligro gracias al oído, que tiene mucho más fino que yo. Bueno, intentemos por ahí, le digo, no sea que te quedes sorda. Después de ponerle tapones, le ato unas cuerdas en los dedos anular y medio de las que tiraré cada vez que alguien llame a la puerta. Pienso adaptarle un artefacto que cumpla esta función cuando yo no esté. Tomé esta medida porque antes probamos con un foco que encendía al accionar el timbre pero tardó horas en darse cuenta. Cuando se lo hice ver, dijo que la razón era que se confundía: no sabía si en ese momento era ciega o sorda. Tras varios intentos, decidí atarle cuerdas por todo el cuerpo: en una pierna, para avisar que algo ardía en la lumbre, en los brazos, para indicarle que alguien venía subiendo por la escalera.

Con todo, fue mejor ciega que sorda. Le expliqué que si alguien se metiera a asaltarla no tendría forma de defenderse. Aumenté el grado de dificultad con una mordaza que le impedía gritar, pero ella tuvo otra idea. Los pies, querido, dijo. Pienso que ese sería mi verdadero Waterloo. ¿Cómo iría a cobrar la pensión si no pudiera moverme? No pude más que sonreír. Ya se ve la clase de viuda que serás. Inválida, pero avarienta. Procedimos. Ella dobló una pierna y sujetándola por detrás con una mano me dijo: Mira, podría caminar así, a saltitos. Le expliqué que las cojas tienen problemas mucho peores que moverse o no moverse. De hecho, tienen mayores problemas que las tuertas. Un cojo está condenado a la soledad, expliqué. Jamás verás cojos en compañía de otros cojos. No son como los ciegos que suelen andar en fila india, como un ejército desorientado pero solidario. Hay escuelas para ciegos, tours de ciegos, pero ¿has visto excursiones de cojos? Tuvo que admitir que no. Un cojo no es sólo un cojo, es una fórmula compensatoria que va más allá del pie: un cojo siempre está cojo de la compañía de otro. Un paralítico, en cambio, es el centro de atención. Piensa y verás: no hay quien se niegue a empujar una silla de ruedas, aunque lo haga de mal modo. A regañadientes se hincó. Trató de avanzar de este modo pero el sobrepeso y las pantorrillas le estorbaban. ¡Es que no puedo!, dijo. Volví a sonreír. Ya verás que sin mí la vida no es tan sencilla como parece. Y aún nos queda la parálisis, añadí. La conduje al lecho y la até

de pies y manos. Acostada en la cama sin poder desplazarse, ¿qué podría hacer? Podrías recordarme, sugerí. Me respondió: para qué. Para matar el tiempo, por ejemplo. Si lo único que tendría sería el tiempo ¿para qué querría matarlo?, dijo. Las viudas tienen una lógica implacable. Había que prepararla para cuando la perdiera. A ver, haz de cuenta que no soy el que tú crees, ¿quién soy?, pregunté. Eres ¡un visitante! No. Eres ¡un asaltante! No. Eres... ¡el perro! Cuando se cansó, dijo: tú lo que quieres es volverme loca. Está bien, admití, dejemos este ejercicio. No conocerás esta herramienta. ¡No, por favor!, suplicó, continuemos, te lo ruego.

Los locos son convincentes hasta ese grado en que aun rebelándonos, acaban por tener la razón.

El origen de las especies

Estábamos frente al espejo del baño, en medio de algún argumento, cuando de pronto cayó como un golpe:

—No te lo presto —dijo mi hija, refiriéndose a un lápiz labial que acababa de aplicarse. La miré desde el espejo, en la esperanza de encontrar el gesto que me confirmaría lo que había detrás: una broma.

—¿Te hace sentir mal, verdad?

—Y a ti por lo visto te hace sentir bien —dije.

—No, pero es necesario. Y guardó sus cosméticos.

—Tienes que curarte.

—¿No me vas a prestar *ninguno*? —insistí, incrédula. Movié la cabeza, en signo negativo.

—¿Ni la pinza de cejas siquiera?

—Ni la pinza de cejas.

Dejé pasar unos momentos, sin saber qué decir.

—Qué tristeza —dije, mirándola fijamente— qué tristeza saber que nada de lo que te he enseñado vale para ti. Que no aprecies lo que te inculqué ni lo que te he dado desinteresadamente. Ni la generosidad, ni el amor al prójimo, ni siquiera la consideración.

Ella siguió maquillándose tan tranquila.

—Porque si valiera, me prestarías la pinza para arrancarme... —hice un gesto vago, que abarcaba el

cuerpo —todo esto o me estarías ofreciendo, cuando menos, tu vestido rojo tornasol.

Con delicadeza, sacó el cepillo dentro del tubo y se aplicó rímel en las pestañas del ojo izquierdo, luego procedió a hacer lo mismo con el derecho.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dijo de pronto, dándose vuelta con el cepillo en la mano—. Tu problema es que padeces el complejo de “quiero lo que tú tienes”.

Me quedé helada. Nunca me había visto como alguien que añorara poseer lo de otros, menos aun lo de ella.

—Qué hay de malo en eso —dije, mirando con displicencia su vestido talla cuatro—. En el fondo, mi complejo tiene un fin noble. El deseo de ser mejor.

Cerró los ojos y sonrió, como si tuviera que controlarse. Luego los abrió, dejó el cepillo en la bolsa de cosméticos, me tomó de los hombros y me llevó a sentarme a la orilla de la cama.

—Ya habíamos hablado de esto —me dijo—. Yo incliné la cabeza.

—Mírate los pies. ¿Qué número calzas? ¿Cinco? ¿Cinco y medio?

Suspiró.

—Y en el vestido no cabes. ¿Entiendes? Eres otra talla. Busqué una salida rápida.

—Y qué tiene esto que ver con las pinturas.

Ella se puso de pie, como si se hubiera acordado de algo; volvió a la bolsa de cosméticos y sacó una pequeña brocha para aplicarse las sombras.

—Que son objetos de uso personal, como el cepillo de dientes. Si te los presto, me puede dar conjuntivitis.

Decidí enfrentarla y ensayé una actitud heroica.

—Entonces regálamelas.

—¿Para que te dé conjuntivitis a ti?

—Prefiero que me dé a mí que a ti.

Esto último no era verdad, pero me violentaba que además de prohibirme usar sus cosas no me diera el gusto de ganar un argumento.

—No es que desees mucho —insistió— sino que no desees nada. Ése es tu problema. Es como si no pudieras ser verdaderamente tú.

Miré la piel de mis extremidades inferiores, rugosa y llena de escamas, mis caderas anchas, envueltas en plumas, la redondez de mi vientre. Concluí que era el resultado de no haberme ocupado de algo que no fuera el deseo de alguien más. ¿A quién estaba queriendo complacer con ese parpadeo continuo y ese estilo flamboyante? Una gran tristeza me inundó. Creía ser grácil cuando en realidad era torpe; guapa cuando no hacía otra cosa que bambolearme al caminar.

Guardando sus cosas, antes de irse, me dijo:

—Y no es que quiera meterme con tu apariencia. Lo que importa en las personas es lo que tienen dentro. Pero no es fácil que digan que tu mamá es un avestruz.

—Ya lo sé —dije.

—¿Tu también lo has oído? —preguntó con asombro.

—Todos lo dicen en el instituto.

—¿Ves lo que te digo?

Comenzó a vestirse con rabia, con prisa.

—Y sólo por no encontrar tu estilo.

—Pero ¿cuál es mi estilo? —pregunté con desesperación.

—Eso es cosa de cada quién. Tú tienes que encontrar el tuyo.

—Dame una pista —supliqué—. Algo que me ayude a recordar quién era.

Miré sus cabellos largos, ondulantes, y su cintura esbelta.

—¿Cómo puedo cerciorarme de que alguien como tú vino de alguien... como yo?

Me miró con desconfianza.

—Tal vez un día te animes a pagarte el tratamiento que te arranque esas plumas y dejes de pelar los ojos, como haces en las fotografías, y te limes esas uñas y dejes de dar esos saltos y andar brincoteando y ocultando la cara ante el menor problema... Es cosa de que hagas el esfuerzo de ir hacia atrás. Sabría que vine de ti si recordaras que un día fuiste otra especie, aquélla que se abismaba nadando a contracorriente.

—¿En la pecera?

—No veo nada de malo en ello.

—¿Detenida en la cadena evolutiva?

—Sólo si así lo quieres ver.

Supe que había llegado el momento de abandonar mi parpadeo y sustituirlo por la mirada absorta detrás del cristal.

—Yo podría entonces identificarme contigo —siguió—, saber que vine de ti. Y al despedirme te vería feliz de estar en tu elemento, sabiendo que tengo una madre que encontró por fin su estilo.

Acto seguido, agitó la cintura y la vi partir, enfundada en su vestido rojo, entallado y brillante, agitando la cola y respondiendo al claxon de los autos con ese eco, sombra de un canto, que hacía que aún los conductores más templados no pudieran resistirse y fueran tras ella.

Teoría de la adaptación

¿Cómo se han perfeccionado todas estas exquisitas adaptaciones de una parte de la organización a otra o a las condiciones de vida, o de un ser orgánico a otro ser orgánico?

(Charles Darwin, Cap. III de *El origen de las especies*)

Mis padres vivieron distanciados muchos años. No obstante, la muerte de mi padre trajo una consecuencia inesperada, aunque lógica. Mi madre quiso reunirnos. Ella, que no nos toleraba más de cinco minutos al teléfono, nos citó en su casa. A los cuatro. Vino la reunión. La solidaridad exaltada. Y luego de los acuerdos sobre los arreglos de la defunción, a nuestro cargo, la promesa de algo que no esperábamos. Una herencia en vida. Lo que su padre me dejó pienso entregárselos, dijo. He llegado a la conclusión de que ahora les servirá mucho más que cuando yo me haya ido. La decisión nos sorprendió. Y nuestra reacción, siendo tan distintos unos de otros, asombrosamente fue la misma: no nos caía mal. Nada mal. Eso decidimos. Al hacer esta afirmación no hablo sólo por mí. Más allá del brillo en los ojos de mis hermanos tenía pruebas para ver que este giro inesperado

sería una tabla de salvación en el pago de la hipoteca de la casa de mi hermano Juan; que Pedro ya no tendría que preocuparse por sus negocios inviables y que Sofía podría renunciar a las continuas demandas y la vulgaridad de su amante.

Al anunciarnos su decisión, mi madre fue perentoria:

—Sólo les pido una cosa: no me lo devuelvan. Lo he pensado bien, como sólo una madre puede hacerlo en estos casos. No podrían. De intentarlo, estarían obligados a trabajar para mí y esto haría crecer su frustración. Alimentarían reproches, odios familiares y a la larga, con tal de pagar, cambiarían su vocación. El camino de sus vidas, bueno o malo, pero el que ustedes eligieron, se volvería una ruta vacilante, el ánimo se les volvería una cosa blanda, viscosa...

De pronto se detuvo, como asaltada por una idea no prevista:

—Aunque es cierto que también les quedaría la ingratitud...

Nos miró fijo. Y luego, como pensándolo mejor, añadió:

—Pero no, no creo que eso los tiente. Si la fe mueve montañas, la culpa hace que te caigan encima. El odio, el asco por ustedes mismos marcaría su existencia. Miren: no me devuelvan nada. Lo que pienso darles se los entrego de forma gratuita.

Sofía fue la primera en intervenir.

—Pero extender simplemente la mano... No sé, a mí me deja incómoda.

—Nada, nada —respondió mi madre y agitó una mano en el aire, como dando el encuentro por terminado—. La bondad se paga de otras maneras.

Nos miramos desconcertados. Ella, al vernos, esbozó una sonrisa.

—No; no crean que estoy esperando algo. Sé cómo son estas cosas. La esencia de la progenie es la ingratitud. Qué le vamos a hacer, ése es el destino de los padres: que los hijos nos pisen, que pasen por encima de nosotros para que se perpetúe la especie...

—Madre, por favor, no digas eso —suplicó Pedro, que era el más hipócrita de los cuatro. Pero ella siguió:

—Primero, dejarán de invitarme a restaurantes, luego se olvidarán de hablar el día de mi cumpleaños, un día me abandonarán en Navidad. Es posible que hasta me regalen un perro y me dejen sola con él, a mí, que odio las mascotas...

Juan quiso decir algo pero ella levantó la palma y lo detuvo:

—Incluso considerarán que pagarme un seguro de gastos médicos es inútil.

Ninguno de nosotros había pensado en eso. Se hizo un silencio sepulcral.

Para aligerar la tensión, Pedro abrió la gaveta donde ella guardaba los licores y le sirvió un anís. A los demás nos preparó whiskey con soda y a Juan, ron con Coca-

Cola. Pensamos que el alcohol la detendría y lo que hizo en cambio fue infundirle ánimos:

—Pero ustedes no tienen la culpa sino yo, por parirlos. Los hijos deben seguir su camino sin mirarnos. Es la ley de la vida.

Decidí intervenir con lo único que se me ocurrió:

—Sin embargo, una madre es siempre una madre —dije.

—Ése es el problema. Justamente. La abnegación. Una cualidad que como madre me caracteriza.

—Aunque tú no eres abnegada —se aventuró Pedro— y ahora que murió papá tendrás tus novios, te irás por ahí con ellos...

—¡Por-fa-vor! No digas tonterías. Como si fuera tan fácil. Hoy las jóvenes cazafortunas están a la orden del día, acechando a los hombres de mi edad. Además: ¿quién me va a querer con cuatro hijos encima?

—¡Pero si somos adultos! —protestó Juan, que llevaba el pelo canoso atado en una cola de caballo y estaba endeudado hasta las manitas.

Mi madre miró con desprecio sus vaqueros rotos y el suéter a la espalda, de eterno galán:

—Un hijo nunca deja de ser un hijo. Lo sabrás cuando tengas los tuyos.

—¡Pero si tengo dos!

—Sí, de tu segunda mujer —y recalcando la frase, insistió—. *De ella*.

—No veo cuál es la diferencia, la verdad...

—La diferencia es que una madre nunca deja de preocuparse.

—Podrías intentarlo —sugirió mi hermana Sofía.

—Inténtalo tú, que para eso tienes juventud. Estás en la edad de ser irresponsable.

—Madre, no quise ofenderte.

—Pues lo hiciste.

Y arremetió con furia de predicador:

—Y sobre tu decisión de no tener hijos, permíteme decirte algo. Un día dejarás de ser joven. Te quedarán los placeres de la senilidad, tristes placeres. Más tristes cuando se ha tenido una vida como la tuya. Siempre pensando en cómo comer menos, cómo llegar a una talla más pequeña... —movió la cabeza, como tratando de deshacerse de una idea inconcebible—. Haber venido al mundo a ser talla cero... ¡Qué gran proyecto para la humanidad!

Bebió un poco más de anís y dejó la copa sobre la mesilla.

—Es una talla que tiene sus encantos... —concedió— hasta que se te deja de ver bien la ropa: las faldas cortas, los escotes. Un día percibes la mirada burlona de los demás. Entonces te dedicas a rellenarte el cuerpo, tratando de suplir los años perdidos con algo, porque sientes ese vacío... y te das vuelta y encuentras que no tienes nada, ni siquiera un hijo para consolarte, aunque, cómo te va a consolar, si ésa no es la esencia de la progenie, menos cuando se trata de un hijo que no has

parido... —dio un trago a su anís y suspiró—. Ah. Vivir para tener a los hombres rendidos a tus pies. La seducción permanente como tema de vida...

Observó las huesudas piernas sin medias de mi hermana que terminaban en unas zapatillas doradas como de bailarina, y siguió:

—Los hombres... Sólo sus insinuaciones son un inmenso imperio en el que uno puede perderse sin remedio. ¿Qué palabras emplear para traducirlas? Necesidad de cuidados. Comprensión. Sed de compañía. Esperanza de aventura. Ansias de ternura, de solaz... No, imposible describirlo. Nos perderíamos. Son seres complicados en su expresión aunque transparentes en sus intenciones. Todo lo que desean podríamos reducirlo a una palabra: madre. Eso es lo que ven en una. Una mujer no es para los hombres más que una madre, aun para sus amantes futuros.

Hizo una pausa para dejar claro que ni siquiera nosotros, sus hijos, estábamos exentos de este sino.

—Porque ¿qué es lo primero que te pregunta un hombre apenas te conoce? —se hizo un silencio—. Exactamente. Tu edad. ¿Y lo segundo? No si estás casada, eso no es un estorbo a fin de cuentas. ¿Tu nombre? Tampoco. Ni tus aficiones, pues todo hombre cree que podrás amoldarte a las suyas, tengas las que tengas. Lo que te preguntan es si tienes hijos. Y de qué edad. Eso es lo que les preocupa. Que vayas a adjudicárselos, que ocupen el sitio que les corresponde a ellos...

—Madre, te hemos comprendido —dijo Juan, que además de impaciente, siempre fue mentiroso—. No te defraudaremos.

Nos pusimos de pie, dando el asunto por zanjado. Ella rechazó el beso de Juan y dijo antes de cerrar la puerta:

—Más les vale.

Todo el día me quedé dando vueltas a la sensación de inquietud que me había dejado la reunión con mi madre y luego la olvidé. Semanas después, el comentario de Juan, que yo creí un mero recurso para terminar con aquella visita, empezó a germinar de nuevo, como un organismo que se hubiera mantenido en estado letárgico y comenzara a hendir el aguijón de la duda. Empecé a preocuparme por mamá. Porque la amaba. O no, lo sé. ¿Cómo saberlo? La línea divisoria entre el amor y el terror es tan tenue... Por días, estuve intentando llamarla por teléfono sin que se dignara contestarme más que a través de la grabadora. La imaginaba sentada frente al aparato, oyéndolo sonar mientras se limaba las uñas, haciéndose conjeturas: ¿Será Juan? ¿Será Sofía? ¿Serán Pedro, Alfredo? Al tiempo que se le multiplican los hijos, y era como si de pronto tuviera diez, veinte, cincuenta y ocho hijos preocupándose por su salud y su bienestar. Tras varios días de no recibir respuesta a mis mensajes pensé: se ha ido, sin avisar. Tiene con qué. Aunque me arrepentí. ¿Cómo puedo pensar así, si es mi madre? ¿Y si se hubiera puesto mala? Pero esto es

imposible, concluí, nos habríamos enterado alguno de los cuatro. No la vuelvo a llamar. Que escarmiente. No acababa de tener esta idea cuando ya estaba marcando otra vez. Y nada. Luego pensé en qué le había yo hecho a mi madre para que me tratase con tanta maldad. Me sorprendió que su voz me contestara un día, como si nada, y me dijera que Juan la había invitado a comer a un restaurante extra-ordi-nario. No hizo otra cosa que recetarme el menú, decirme cuánto disfrutó cada plato, cuánto habían costado los vinos y la champaña, los sacrificios que eso implicaba para Juan ya que no había recibido un peso hacía años...

—Madre —la interrumpí—, te he comprado un viaje. Yo mismo me sorprendí diciendo eso.

—Todos estos días te he buscado para decírtelo.

—¿Un viaje? Ay, lo siento. No voy a poder ir. Tu hermano Pedro me inscribió a un club, preocupado por mi salud.

—¿Te pasa algo?

—No, preocupado por mi salud futura. Mira, un viaje es por un tiempo limitado, en cambio un club es para siempre.

La membresía tenía como condición que comenzara a asistir de inmediato.

—¡Imagínate! Me regalan un par de gorros de natación y una maleta para que guarde allí mis cosas.

—Y cuando merme tu salud ¿qué harás? —le eché en cara.

—Qué quieres decir.

Me arrepentí enseguida.

—No estoy queriendo decir más que aparte de la salud debes pensar también en la relajación. Un viaje a Miami a un spa, frente al mar...

—¿A Miami?

—Pues a dónde creías —reí.

Quien diga que me impulsaba mi proyecto de hacer cine y comprarme la casa de campo donde podría escribir a mis anchas, miente. La preocupación por mi madre en mí era auténtica. Nunca dejé de ver por ella, ni de invitarla a comer ocasionalmente aunque siempre detesté sus formas de manipulación. Pero ¿era manipulación? ¿Acudir al chantaje para procurar la atención de esos hijos que hasta hace poco parecía detestar? Tal vez se sentía sola, tras la muerte de mi padre. El afecto humano es así. Nos basta con que la pareja esté en otra habitación, incluso en otro país, para cumplir con la necesidad fisiológica de afecto para nuestra subsistencia. A veces, nos basta con que esté en nuestra mente. A mayor distancia, crece el amor. Demasiado cerca es dañino. No podemos verlo, siquiera. Pero la necesidad de compañía se sacia mientras tengamos la certeza de que el ser amado existe y nos retribuye. Algún poeta lo dijo: “La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro”. En mi experiencia esta afirmación, absolutamente convincente, es falsa. Basta

con observar la reacción de otras especies cuando se las fuerza a vivir en soledad: mueren. ¿Alguien ha visto la profunda tristeza de un perro solitario? ¿De un pez? Los pollos y los monos, solos, sobreviven pocos días. Pero los perros y los peces no leen poemas. A mi madre le bastaba con que mi padre existiera, odiándolo a distancia para tener su necesidad vital satisfecha. Ahora que mi padre no estaba, en cambio, luego de años de vivir sola y feliz parecía requerir nuestra compañía inminente. Nos quería cerca.

—¿Sabes qué me ha dicho tu hermana? —me preguntó cuando la llamé para saber cómo estaba.

—Qué.

—Espera, tengo el teléfono en *hold*; Pedro me está llamando por la otra línea.

La odiaba, sí, pero sólo en proporción directa al odio que empecé a sentir por mis hermanos. En su reciente preocupación no mostraban un interés tan puro como el mío. Pensaba en cada uno de ellos solícito, atento a los caprichos de aquélla de quien habían decidido huir en cuanto pudieron y a quien ahora procuraban como si se tratara de una valiosa especie en vías de extinción. Mi madre nunca habló de cantidad en el reparto de la herencia. De hecho, no sabíamos a cuánto ascendía el monto ni cuánto nos tocaría a cada uno. Tampoco, desde el día en que lo anunció, había vuelto a mencionar el tema. Pero la sombra de esta promesa pendía sobre los cuatro, aunque no lo dejáramos ver.

—Pues me dijo que está esperando un hijo —me espetó en cuanto volvió a tomar mi llamada.

—¿Un hijo? ¡¿De quién?! —brinqué, sorprendido.

—¿Y qué importancia tiene eso? Va a ser madre. ¿Entiendes? Madre... —y aquí se solazó pronunciando esa palabra como si se tratara de un postre exquisito.

—El ser más grande de la creación —me oí decir.

—Sí, algo que ni tú ni tus hermanos podrán entender jamás —me restregó—. Sólo que hay algo extraño en esto, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —me regodeé— ¿Qué?

—Pues que ha decidido regalarme un collar de perlas, a mí, por ser la abuela.

—Ah.

—Tu padre siempre me dio una alhaja cuando ustedes nacieron. Una joya por cada hijo.

—Es que éramos un regalo para la humanidad —bromeé.

—Pero un regalo que yo le di —aclaró— y eso es lo que él supo reconocer. La capacidad de hacerlo padre, que pudo realizar gracias a mí. Ahora es tu hermana quien me lo agradece, pues sin mí, ella no existiría.

Por algún tiempo, esta dinámica continuó. Podría decir que a partir del deceso de mi padre no hubo oportunidad en que no estuviera acompañada por cada uno de nosotros, y en todas ellas hubo una constante: jamás la vi satisfecha. Si yo le regalaba un collar el día de su cumpleaños (reconozco la falta de imaginación) ella

decía, mientras analizaba las perlas dándoles la vuelta y hundiendo la uña:

—Es bonito, sí.

—Mira el broche —la animaba yo—, es plata engarzada mediante un trabajo muy fino en este ganchito, ¿ves?

—Sí —respondía sin demasiado entusiasmo—, pero el que me dio Sofía es de perlas naturales...

Lo mismo dijo Pedro que había comentado sobre el viaje pagado a crédito en que él la llevó “a tomar un café a París”, como me confesó un día.

—Imagínate —se lamentó aquella vez—, ¡lo único que se le ocurrió decirme fue que el avión en que viajó por invitación de Juan a Puerto Vallarta era más grande!

—Oye, Pedro. ¿A ti te ha dicho algo mamá? —lo enfrenté, de plano.

—¿Algo? No, qué va.

—¿Y no le habrá dicho a Juan algo que tú y yo no sabemos?

—Lo he pensado también. Pero no, yo creo que Juan paga todo con los programas de computación que vende.

Por años, éste fue nuestro pan de cada día. Entretanto, Juan vino con la noticia de que había conseguido un puesto fijo de programador en una empresa. Por meses, mi madre no tuvo ojos más que para él. Le había comprado un sillón especial, dijo, y le estaba remodelando la casa con su primer sueldo. Al año siguiente,

Sofía terminó la especialidad de enfermería que hizo a mi madre sentirse feliz y llegó un día con la noticia de que dos de sus solicitudes fueron admitidas en un par de clínicas, según ella, de mucho prestigio, aunque nosotros sabíamos que eran de mala muerte.

—Elige sólo la que te convenga más —dijo mi madre en aquella ocasión, mirándonos con desdén a nosotros—. Tú date tu lugar; como una reina...

—Oigan, ¿no le habrá dicho mamá a Sofía...?

Como si hubiera podido oírnos, mamá gritó desde su sillón en la sala mientras nos servíamos un whisky:

—No se preocupen, muy pronto ustedes también van a tener su recompensa...

Y añadió, enigmática: a quien estudia y trabaja, siempre acaba yéndole bien en la vida.

Al primer año, siguió el segundo y a éste, unos cuantos lustros. A los días siguieron meses, y a los meses, muchos años. Pedro pudo colocar unas cuantas ventas en el negocio de los bienes raíces, el único en que no tenía que hacer más que estirar la mano, y yo seguí con mi cargo académico, que mal que bien me permitía viajar, llevando a mi madre conmigo y dándole algunos gustos. La dinámica del amor filial siguió así, sacándola éste y pagando ese capricho aquél, llevándola y recogiendo la otra... Mi hermana no tuvo ningún hijo. Tal vez fue un embarazo psicológico o perdió el producto, nunca lo supe. Pudo también tratarse de un engaño. Pero mi madre pareció no reparar en este

hecho. Simplemente se dejó conducir, como un carrito de súper que va recogiendo bienes de gaveta en gaveta. Como es natural, envejeció. Y con la vejez, cambiaron sus necesidades. En vez de las salidas a restaurantes fue prefiriendo comer algo preparado por nosotros y un día decidió que tendríamos que repartir nuestro afecto por días, de modo que cada uno le acondicionó una recámara exclusivamente para ella en nuestras casas. Dos días a la semana lo pasaba con un hijo distinto. Fue una época de competencia atroz en la que nos costó, a quienes las teníamos, retener a nuestras parejas y no obstante no tocamos el tema de la herencia. La vimos enflaquecer al ritmo en que perdía su ímpetu guerrero. Hoy, reducida a su mínima expresión, mi madre reina desde el sillón orejero que tiene en cada una de nuestras casas, un trono que parece quedarle demasiado grande.

—Han sido tan buenos hijos —nos dice— los cuatro... Es logro mío, pero no duden, tendrán su recompensa.

Cierta vez, jugando, alguno se atrevió a preguntar en medio de una cena:

—Oye mamá, ¿qué te dejó mi padre? Dinos la verdad.

—¿Tu padre? —preguntó, como si no recordara de quién le estábamos hablando. En otra oportunidad en que alguien lanzó una indirecta, ella respondió:

—¿Y qué me iba a dejar, si nunca tuvo nada?

La ocasión en que más cerca creímos estar de descubrirlo fue un día en que al tratar de bajarla del coche ella rechazó toda ayuda y entre pujidos dijo:

—Déjame, yo puedo sola. Si algo me dejó tu padre fue valirme de mis propios recursos...

El salto evolutivo

La selección natural obra exclusivamente mediante la conservación y acumulación de variaciones que sean provechosas, en las condiciones orgánicas e inorgánicas a que cada ser viviente está sometido en todos los periodos de su vida. El resultado final es que todo ser tiende a perfeccionarse más y más, en relación con las condiciones. Este perfeccionamiento conduce inevitablemente al progreso gradual de la organización del mayor número de seres vivientes en todo el mundo. Pero aquí entramos en un asunto complicadísimo, pues los naturalistas no han definido, a satisfacción de todos, lo que se entiende por progreso de la organización.
(Charles Darwin, “Sobre el grado a que tiende a progresar la organización”)

Voy al psicoanálisis porque no encuentro solución a mis problemas. Sobre todo a uno, al que llamo Magno Problema, del que se desprenden los males restantes, como del Primer motor móvil, según Aristóteles, derivan las demás criaturas. Explico que estoy ahí porque no quiero tomar pastillas (la verdad es que ya las tomé) y que no estoy convencida de probar otros métodos (que ya intenté, sin mostrar ninguna mejoría). No sé por qué me ocurre esto tan terrible, digo, y lo que me

causa más desesperación es que estoy segura de haber jugado limpio: soy buena en el buen sentido del término. Pero ¿existen las personas buenas?, pregunta el doctor Sifuentes, qué es la bondad, cómo la define. El doctor Sifuentes es un hombre ligeramente obeso, con lentes no muy grandes pero tampoco pequeños, guapo o francamente feo a causa del bigote espeso que puede ser viril aunque también bastante repulsivo dependiendo de que mire de frente o de tres cuartos. En resumen: alguien a quien defino como “casi”. Aunque no he perdido la esperanza de que pueda ayudarme. Debe poder. Tiene la técnica. Si el hábito hace al monje, la técnica hace al psicoanalista, pienso. La del doctor Sifuentes se basa en hacer preguntas. Defina la belleza, la verdad, cómo sabe que es cierto lo que dice. Cada vez que hago una afirmación, cualquier afirmación, él brinca. ¡Compruébelo!, se exalta un día, cuando al definir a mi exesposo le digo que se trataba de un hombre bien parecido. No tenía una fotografía a la mano, no tenía nada con qué demostrarlo salvo mi palabra. Pero en terapia las palabras valen bien poco: quieren decir otra cosa, a veces algo parecido o incluso lo opuesto. Hay ocasiones en que significan lo que dicen significar, aunque esto es difícilísimo saberlo. El doctor Sifuentes parte del principio de que un paciente nunca está diciendo lo que dice porque dentro de las palabras hay algo más. Ésta es su piedra de toque, su gran angular. De modo que desde que inicié la terapia tengo la sensación de estar

mintiendo todo el tiempo. Me queda una esperanza, eso sí. Aunque dado lo volátil de los significados quién sabe si será legítima. Y ¿vale la pena tener esperanzas en estas condiciones?

¿Qué hace de Hitler un hombre malo?, el doctor me interrumpe de mis cavilaciones. ¿Cómo dice?, pregunto, sorprendida. Es otra parte de su técnica. Se llama “descolocar al paciente”. El doctor Sifuentes anota todo lo que ocurre durante la sesión en una computadora portátil. Lo hace en tiempo real, de modo que la sesión se reduce a casi la mitad. Diálogo, anotación, diálogo, lectura. A veces, al doctor Sifuentes le toma un poco más de tiempo anotar porque invierte la sintaxis. Abandonado hogar él conyugal ha silencio el en, dice. Repítalo. Lo hace para que mi mente le dé un peso desdramatizado a las frases. Distinto. Se llama técnica ericksoniana, es un principio parecido a la hipnosis pero con diferencias sustanciales. Una de ellas es que el paciente está despierto y consciente y por tanto no hay posibilidad de engaño, me explica. Un paciente nunca hará nada que no quiera. Además de poner en práctica estas teorías, el doctor Sifuentes también me da a leer libros. *Volando solas a los treinta. Amar demasiado es una patología femenina*. Luego me hace preguntas sobre la lectura. Nunca pregunta si me gustó el libro o no. También me insta a repetir postulados. Es para cambiar su estructura mental, me explica. “El príncipe se convirtió en sapo porque *era* un sapo”. ¿Qué opina de esto?

—Es que en las mañanas no me puedo levantar —
respondo sin poder añadir más.

Él bufa, niega con la cabeza, anota furibundamente
aporreando las teclas.

Un día en que no paro de llorar, me lleva al fondo
del consultorio y señala un nicho entre el escritorio y la
ventana en el que hay una pintura. Es un perro enseñan-
do los colmillos. Es mi animal chamánico, me explica.
Elija el suyo. No tiene que hacerlo ahora. Tráigalo la
próxima sesión. Esperemos que con eso se pueda ver el
avance de lo aprendido.

Gusanos, lombrices, larvas que nunca se convier-
ten en mariposas. Esto es lo único en lo que puedo
pensar. A la semana siguiente, él me cuestiona y yo
hago un gesto afirmativo. Digo estar lista. He elegido
a Gregorio Samsa. ¿A quién? Me da vergüenza decir la
palabra “cucaracha”. Una criatura que sólo piensa en ir
al trabajo pese a su condición, le explico. Pero él niega
mientras transcribe. No puede ser un personaje litera-
rio, dice, eso ni siquiera puede considerarse un animal.
No sirve para nuestros fines. Recarga el brazo en el es-
critorio y pone la mano en la barbilla. ¿Y bien? Yo trato
de defenderme. Freud dice que sólo hay una forma de
salir de un pozo sin fondo, a través del trabajo. Pulsión
de autoconservación, la llama. El sentido del trabajo
intelectual o mecánico es aliviar la carga que el sacrificio
de existir impone a los seres humanos. Pero el doctor
Sifuentes no cree en el Padre del psicoanálisis. Lo llama

El curandero de Viena. Se da un tiempo para anotar algo en la computadora y levanta la vista con gesto triunfal, complacido. Las técnicas freudianas están ya rebasadas, me informa. El psicoanálisis tradicional probó su fracaso al no ser capaz de resolver los conflictos. Después de tratamientos que podían prolongarse por años, los pacientes seguían con los vicios de siempre. Sólo habían aprendido a enunciarlos en una jerga distinta. Mírese usted: es el vivo ejemplo de lo que digo.

Me explica por qué, pero sus intuiciones son erróneas. No, no es por la pareja, digo. No, tampoco tiene que ver con la familia. Simplemente sola, sola de todos. Es una soledad radical, esencial. No, no creo tener una actitud negativa. Sí tengo amigos. Más bien siento que hablo otro idioma, el idioma de los solitarios, un idioma que se conjuga en singular.

¿Alguna vez ha sido diferente?, me pregunta por fin, levantando la cabeza del teclado con bastante fastidio. Le digo que sí y él suspira.

Hago un esfuerzo por recordar cuándo fue. Le hablo de mis ocho punto cinco dioptrías. Le explico cómo antes no era capaz de distinguir a una persona a medio metro de distancia. El mundo estaba lejos. Me sometí a una operación y al principio creí que mi problema se solucionaría. Tras una noche de dolor casi insoportable retiré las conchas protectoras con que me habían cubierto los ojos y para mi asombro descubrí que los objetos estaban demasiado cerca. Me acosaban, o casi.

Esto me dio alguna esperanza. Creí que me haría una con ellos. “Pertenezco”, pensé, ilusa. Pero al tercer día la magia se había roto. No dejé de ver las cosas con nitidez, recuerdo haberme quedado mucho tiempo observando con fascinación la hoja de un árbol movida por el viento. Pero los objetos no tenían que ver conmigo. Estaban apiñados, eso era todo. Simplemente era un asunto de sobrepoblación.

El doctor Sifuentes teclea y teclea tratando de seguir la velocidad de mi relato, mira la pantalla, cada vez se muestra más desesperado: Independencia es falta de pendencia; Individualidad es igual a amistad, improvisa. Lloro y trato de repetir, él cambia súbitamente de frase: Compañía yo soy mejor mi; Feliz sola estoy lóbulo frontal emociones mis gobierna, pero algo se rompe y antes de ser capaz de juntar los trozos sin poder contenerme exploto: ¡Pero si lo que quiero es estar con Alguien! YO PLACER FUENTE SOY DE, levanta la voz, ¡Aunque sea mi enemigo!, grito. Él se detiene y me mira con incredulidad. Extiende el cuello como si quisiera alcanzarme y casi en un susurro dice: con todo respeto; es usted una estúpida.

Que mi exesposo dijera lo mismo y yo viniera a referírselo al doctor Sifuentes era una cosa, pero que él me lo dijera y yo le pagara por eso era otra. Tomé mi abrigo y sin decir palabra abandoné el consultorio sintiéndome un escarabajo heroico. Alguna vez me sorprendí pensando con gusto en su expresión de azoro cuando

me vio salir sin pronunciar palabra. Pero el vacío continuó. Por eso, cuando me recomendaron a la terapeuta Manzano, quise darme una segunda oportunidad.

A diferencia del doctor Sifuentes, que tenía un consultorio asfixiado en medio del cubo de un elegante edificio, la doctora Manzano atendía en su casa. No en su casa-casa sino en un saloncito que estaba al final del pasillo y daba a un minúsculo jardín. Esto me dio alguna esperanza. Falsa, como comprobé desde la primera sesión, pues la doctora Manzano fumaba sin descanso y atendía a sus pacientes con las ventanas cerradas. Se paseaba de un lado a otro de la habitación, como una chimenea ambulante. Después de dar dos vueltas en silencio, por fin se sentó. Tomó el cenicero de la mesa lateral, retorció la colilla del cigarro recién fumado y encendió otro enseguida. Ahora cuéntame, dijo expe-
liendo el humo con lentitud, cuál es tu problema. Su técnica era inobjetable. No enjuiciar, no hacer preguntas, no obligar al paciente a decir nada que él mismo no quisiera. Dejarlo representarse. Explicó: se llama psicodrama. Consiste en la libre asociación de ideas para permitir que de ese modo hable el inconsciente. Sólo que el paciente no está facultado para hablar de lo que quiera. Es la terapeuta quien asigna un rol que debe asumir el conflictuado, quien actúa como el personaje o el objeto de su elección. Cuál es tu problema. Observé sus dedos amarillos y las encías algo retrepadas bajo los ojos benévolos. Mi problema es que no sé por

dónde empezar, dije. Ella sonrió. Siéntate en medio de la habitación, me animó, allá, entre los cojines, en el piso. ¿Qué soñaste anoche? Me acomodé como pude y traté de recordar. Es difícil de describir, dije. Pero ella no se inmutó: inténtalo. Hice acopio de voluntad, tratando de no pensar en el número de caladas que daba a su cigarrillo, ni en la espiral gris que iba cubriendo el consultorio hasta tornarse una nube densa, como aviso de una próxima tormenta. Cerré los ojos. No sé dónde estaba yo, inicié. En el sueño. Pero había un bosque, de eso me acuerdo, y en cierto momento apareció una escalera. Los abrí. La terapeuta Manzano extendió el brazo y sonriendo, dijo: adelante. Tú eres la escalera. Al principio no entendí qué era lo que debía hacer. Miré en todas direcciones y fijé los ojos en el jardín, como buscando consuelo. Al menos no me había dicho estúpida. No necesitaba hacerlo, en cuanto cerré los ojos y dije: soy una escalera, pude experimentarlo por mí misma. Y qué más, la voz de la terapeuta Manzano se oía susurrante. En ese momento me di cuenta de que me había equivocado y que era demasiado tarde para huir. Ella repitió: soy una escalera... Sus palabras llegaban por oleadas, insinuantes como las volutas de humo de su cigarrillo. Soy una escalera... repetí como una automática; la miré invadida de una sensación entre aterradorante y embarazosa. ¿Cómo te sientes?, me animó. Siendo una escalera, digo. Cómo estás. Di: soy una escalera y estoy... La imité: soy una escalera y estoy... ¡¡Sola!.,

dije con indignación, ¡estoy sola y no sé qué hago aquí porque no hay un sitio a dónde subir o del cual bajar!, miré en todas direcciones, ¡no hay un edificio, ni una casa, nada, sólo yo que soy una escalera en este bosque oscuro donde no se puede ni respirar! Qué más. Las volutas de humo de la terapeuta Manzano se habían hecho tan espesas que costaba trabajo terminar las frases sin toser. ¿Qué más?, la miré rencorosa. Que todos pasan encima de mí, me pisan con sus pies lodosos, me dejan en la más absoluta indefensión, el llanto brotó como si alguien le hubiera abierto una compuerta... ¡y por si fuera poco me asfixio!, solté por fin junto con el acceso de tos que había estado reprimiendo. Al abrir los ojos, descubrí que la doctora Manzano se mostraba a sus anchas, como si hubiera cumplido su misión. La semana siguiente acudí a una segunda cita y tras la pregunta de la terapeuta Manzano le dije que no había soñado nada, pensando que así me libraría de caer en la trampa anterior. ¿Segura que no soñaste nada? Nada, dije. Pero ella señaló su montón de cojines y dijo con una sonrisa aún más amplia: Adelante, eres la nada.

Por qué abandonó esa segunda experiencia, me preguntó el doctor Pi cuando le hice el relato de mis anteriores tratamientos. Porque era una ofensa. Una ofensa por qué. Lo miré pensando en que lo mío no tenía remedio y seguir por estos caminos era inútil. Porque matar de asfixia a un paciente sin permitirle expresarlo es, cuando menos, una ofensa. Y por qué no le dijo que

dejara de fumar, preguntó el doctor Pi con naturalidad. ¡Porque estaba en su casa!, repliqué desesperada. ¿No lo entiende? El doctor Pi asintió. Ya se había hecho una idea. Después de esa sesión ya podía dar un diagnóstico. Mi problema era que sólo me había situado de un lado de la ecuación: la bondad. Yo había sido la buena, *ergo*, la víctima y a los buenos *nunca* les va bien en los cuentos. Para qué voy a negar que me identifiqué. Por fin alguien me había escuchado, por fin había Alguien ahí. Mi problema es que soy una persona buena en el buen sentido de la palabra, dije, y él respondió: Antonio Machado. Otra vez había dado en el centro de la diana. No sólo era perspicaz: el doctor Pi era un hombre culto. Lo que vino después fue sin embargo menos claro: Mala. Eso dijo el doctor Pi que debía ser. Debía aprender lo que era la maldad y ejercerla como algo natural, aceptando que es una de las características intrínsecas de la persona. Me reí como no lo había hecho en meses, sin contar con que nunca me había reído con un terapeuta. Le estoy hablando en serio, dijo. Hay técnicas para ello. La primera es ejercitar la memoria. Cuántos actos buenos recuerda haber llevado a cabo que tuvieran resultados catastróficos. Fruncí el entrecejo; me concentré. La verdad era que podía recordar más de uno.

El amigo aquél que valiéndose de mi generosidad me robó el puesto en el trabajo. Aquel otro a quien le presenté a mi esposo y me cambió por él. Una prima hermana que nunca entendió que situarme por debajo

de ella era una forma sutil de halagarla y me hizo siempre sentir un despojo. El doctor Pi asintió:

—Haz el bien y no mires a quién es un enunciado que adolece de un defecto grave —dijo—. Carece de dirección.

Recliné la espalda en el sillón y me dispuse a escucharlo.

—Si decimos que no hay mal que por bien no venga, algo que no tiene un fundamento, podríamos afirmar con la misma seguridad que no hay bien que por mal no venga. Tiendo a creer que esto último tiene una dosis de verdad mayor.

Suspiré.

La memoria de la bondad es también la memoria del espanto. Ahí tiene el descubrimiento de la energía nuclear que llevó a los desastres de Hiroshima y Nagasaki. Wernher von Braun, el célebre ingeniero que hizo el cohete que llevó al hombre a la luna, fue el mismo que hacía los misiles en los campos nazis y a quien los norteamericanos llevaron a la NASA tras la guerra. ¿Y qué opina de la bondad humana al enviar a la perra Laika y al mono Han al espacio? Si a usted el ejercicio de la bondad le ha traído tantas desgracias podría subvertir el esquema, aunque fuera sólo por cambiar. Podría intentar acercarse a otros paradigmas. Pensar, por ejemplo, que la bondad puede recibir otros nombres. Para Schopenhauer también se llama cobardía; Séneca la ve como pusilanimidad. Desde el punto de vista de

la biología es una actitud de defensa de los primates menores.

La seguridad con que el doctor Pi exponía sus ideas me desarmó. Aunque había algo que me violentaba en principio, otra parte de mí quería convencerse o estaba ya convencida. Al ver el argumento puesto en blanco y negro me di cuenta de mi exageración. No había sido buena *siempre*, en todo momento y lugar, dije. Sin duda me había hecho pasar por buena en algunas ocasiones en que el impulso que guio mis actos fue esa cobardía de la que él estaba hablando. Él debería entender que lo que dijera en su consultorio llevaba la huella de haber sido dicho en mi situación actual y por tanto con el espíritu en los suelos.

¿Por qué se disculpa?, preguntó el doctor Pi, indignado. Empecemos por ahí: nunca vuelva a justificarse o a justificar a otros. La bondad genera catástrofes, ¿no lo entiende? No daré más ejemplos porque cada uno lleva en su ser al buenote que le ha envilecido la existencia. Miró su reloj, sin reparar en la ansiedad que ese ademán me producía. Pero, ¿por qué debo ser mala?, insistí, aunque ya la pregunta parecía absurda. Porque el mundo es hostil. Y la muerte está siempre al acecho. Lo que debería aguzar nuestros sentidos y sin embargo es exactamente al revés. La edad nos atrofia y reblandece la sensibilidad. Por eso.

Por primera vez lo noté: el doctor Pi era un hombre interesantísimo. La seguridad con que se plantaba y la

claridad de sus argumentos no me habían permitido observarlo con detenimiento. Frente prominente, nariz ancha, mandíbula que tiraba hacia delante, ojos hundidos y nostálgicos, como el recuerdo de una especie de la que fuera el último ejemplar. Su sabiduría venía de algo más que la erudición o una labor ejercida a conciencia. Él mismo parecía tener un conocimiento adquirido por siglos.

Usted justifica su fracaso oponiéndole el nombre de bondad, dijo. Pero si al momento de relacionarse con alguien aceptara sus posibles actos nefandos se haría inmune al desencanto. Sólo los cínicos y maliciosos, por no hablar de los grandes malvados de la historia, han sobresalido en algo o bien han tenido momentos verdaderamente felices. Séneca, que era en realidad un cortesano, pudo distinguirse del resto por haber ayudado a Nerón y ahora ni quien se acuerde de eso. Maquiavelo demostró con creces el daño terrible que los gobernantes bondadosos hacen a sus pueblos.

Terminó la sesión con una frase que me impresionó más que todo. Piense en esto, me dijo: hay especies de esporas que evolucionan gradualmente de un estado concreto a otro cualitativamente distinto para sobreponerse a medios adversos. ¿Y por qué va a mostrar mayor inteligencia una espora? ¿Qué sentido tendría que una espora estuviera mejor dotada que usted?

Asentí convencida, sintiendo cómo crecía mi entusiasmo; ansiaba que la próxima sesión llegara cuanto

antes. Al momento de despedirnos, le hice una petición: cómo podía empezar, con qué método.

—En su situación, las películas de Bette Davis son lo más recomendable —dijo—. Dedíquese a verlas.

—Pero... ¿debo hacer algo durante la proyección o después? —pregunté. Él respondió con seguridad—: Sólo véalas.

Como ya estábamos en el marco de la puerta y, en sentido riguroso, fuera de la sesión, el doctor Pi se dio tiempo para hacer una broma: Veo en usted un gran potencial para la maldad, dijo. Salí exultante y dispuesta a cumplir con la tarea asignada al pie de la letra.

De más está decir que llegué sobrepreparada a la siguiente cita. No sólo había hecho lo que me recomendó, había pensado durante la semana en la historia que le contaría. Después del saludo de rigor y la invitación a tomar asiento, percibí la intención del doctor Pi de preguntarme sobre las películas. Pero yo me adelanté con mi historia.

Me llegó el ofrecimiento de una tarjeta de crédito de un banco, dije. Un ofrecimiento que ni había pedido ni necesito. Él asintió. Sentí que me escuchaba realmente, así que proseguí. Como conozco los trucos de esos usureros multinacionales sin rostro que son los bancos, le comuniqué al empleado de la sucursal que no quería la tarjeta. Él no aceptó mi argumento y me dijo que tenía que aceptarla. ¿Ah, sí? ¿Y por qué?, pregunté. Porque no era la respuesta a una solicitud de mi parte,

dijo, sino un privilegio. Una suerte de compensación por mi impecable historia crediticia. ¿Y por qué cree usted que tengo esa historia, como dice usted, tan limpia?, insinué, moviendo ligeramente la cabeza. Después apoyé los brazos sobre el escritorio, acercándome a su rostro sorprendido. Porque no vivo de prestado, le dije. No acepto ni aceptaré de extraños nada que no quiera. El doctor Pi cruzó las manos sobre el pecho, en apariencia complacido. El empleado del banco trató de forzarme, continué, me dijo que si no aceptaba la tarjeta, cuando menos tenía que firmar el contrato de recibido. Pero, ¿sabe?, no tengo un pelo de tonta, me negué a poner mi firma. El empleado llamó al gerente, el gerente volvió con lo de la historia de los privilegios, yo con mi negativa a firmar ningún documento, pues sabía que los bancos cobran por manejos de cuentas que los clientes ignoran que tienen y de las que es imposible deshacerse, como le dije. En resumen: no me dejaban salir de la sucursal.

Al llegar a este punto, el doctor Pi se mostró visiblemente alterado y golpeó la mesa con rabia, como si se tratara de una ofensa que hubieran hecho a su persona.

—¡Claro! —dijo, poniéndose de pie—. ¡Todo mundo busca aprovecharse de quien se deja! No podemos descuidarnos un segundo porque el gobierno, el vecino, el hombre de la calle o el imbécil que conduce el auto delante de nosotros busca la forma de arruinarlos.

¿Sabe lo que habría hecho yo en su lugar? ¿Lo sabe? Habría roto el contrato y me lo habría tragado.

—Eso fue lo que hice —dije—. Como lo oye. Rompí en trozos el papel y los fui metiendo en mi boca. Por supuesto, después del segundo bocado me dejaron salir de la sucursal sin problema.

El doctor Pi no cabía de felicidad, aunque no hiciera gestos evidentes.

—¿Y qué ocurrió después? —dijo.

—A partir de entonces se deshacen en atenciones, me llaman “cliente premiére” y otras cosas por el estilo.

—¿Y?

—Y nada. La soledad no tiene que ver con la falta de disposición de los otros.

El doctor Pi asintió.

—He llegado a pensar que es un estado natural, algo irremediable —dije.

—Como haber perdido la cola...

—Exactamente. Ya no podemos mecernos en los árboles e ir de rama en rama...

Nos reímos.

Guardó silencio un momento. Después me miró.

—¿Ya vio cómo viene ataviada? —señaló de pronto mi vestido y medias negras.

No recordaba cuándo había sido la última vez que usé vestido.

—¡Ah!, nada especial —respondí sin darle mayor importancia—. ¿Confirmamos nuestra próxima cita?

Él se levantó a hacer anotaciones en su agenda, saqué mi cartera del bolso, le pagué y salí triunfal a la espera de la siguiente semana.

A lo largo de los meses, este fue más o menos el tenor de aquellas consultas. Lo había decidido sin tomar conciencia del todo: nadie envilecería mi vida, ni siquiera yo misma. Sólo tenía un problema: dada la ley de los rendimientos decrecientes, sabía que el grado de interés del doctor Pi tendría que alcanzar un límite. No se puede gozar de la compañía del otro sin hacer ofrendas cada vez mayores. He aquí la verdadera desgracia de la condición humana: la bondad no conoce límites, en cambio, la exigencia de los otros llega invariablemente a un punto de tensión.

El momento llegó cuando empecé a notar que el doctor Pi se distraía. Habíamos caído en el inevitable círculo que hace a los conocidos fijar la mirada en nosotros cuando en realidad, sabemos, están viendo al vacío. Decidí adelantarme. Si esto debía terminar, sería yo quien dijera la última palabra.

—Hoy por fin pude darme mi lugar —dije.

El ceño del doctor Pi se frunció y los ojos se achicaron con interés, como sucedía al principio. Le hablé de un compañero de oficina, Roberto Bueno, un joven profesional, parlanchín y arrogante que sólo hablaba de novedades, en especial de artefactos electrónicos, aunque a veces su conversación podía extenderse a marcas de relojes y automóviles; un tipo de quien, sospechaba,

se teñía el pelo. Es el clásico individuo que siempre se adelanta a servirse café y, no obstante, en las reuniones de trabajo cede ostensiblemente la palabra a las mujeres y a sus superiores, dije.

—Un falso bueno —sonrió el doctor Pi ante su propia broma, mostrando los dientes. Como todos los sabios, solía hacer chistes elementales de los que sólo él se reía.

Y un falso joven, añadí, enarcando las cejas, en un gesto que debió de ser provocativo pues pensé en mí misma como la cínica Eva Harrington ante la indefensa Margo Channing de *Eva al desnudo*. Los párpados del doctor Pi se cerraron, avergonzados, como si la maldad fuera una cosa y otra, la insinuación grosera y obvia. Quise corregir el rumbo como para evitar ese malentendido, así que relaté: todas las mañanas al llegar, el joven Bueno atravesaba el corredor dejando una estela de loción a su paso. Tenía una costumbre extraña: nunca iba directo a su despacho a dejar el portafolio en su sitio. Su táctica consistía en saludar a todos en voz alta y apresurarse hacia la cafetera para llegar antes que los demás. Tenía un sentido de la oportunidad perfecto, pues llegaba en el momento en que la cafetera apagaba el botón rojo, indicando que el café estaba listo, momento en que la señora Fari sacaba las galletas recién puestas en la charola. Tomaba cinco, en especial las que tenían relleno; crema pastelera, mermelada de fresa o chabacano, dejándonos a los demás con las pastas de

azúcar o las simples rosquillas. El primer día, llegué unos minutos antes, empleando con éxito su mismo estilo, pero supe enseguida que tenía que mejorar. Hablé con la señora Fari, una mujer de naturaleza tan bondadosa como para no entender la injusticia que cometía al hacer coincidir el acomodo de las galletas con la llegada del joven Bueno.

Otra vez confunde la bondad, me interrumpió Pi con su acostumbrada parsimonia. Yo asentí, en un gesto de aceptación. Le pagué directamente, dije, la soborné para que retrasara la entrega de las galletas. No tenía que decirle a Pi que era la primera vez que acudía al soborno, por su mirada supe que si comentaba esto habría un fondo de malentendido. Para el cuarto día, todos en el piso de la oficina se habían dado cuenta del meollo de la cuestión y a su modo cada uno comenzó a cobrar venganza, inspirados en mi técnica. Unos se valían de la amistad con la señora Fari, otros caían en la confidencia. Al final, todos terminaron por comerse las galletas en la cocina. La jerarquía del joven Bueno como es obvio no le permitía hacer lo mismo. Luego hicimos algo parecido con el café. Poco a poco, el sabotaje se extendió, sin que él pudiera confrontarnos, hasta dejarlo como a Robinson en su isla.

La boca del doctor Pi se abrió en una sonrisa inesperada para él mismo en que se adelantaron, bien alineados y dispuestos, los brillantes dientes. Por fin comprobaba que sus teorías eran ciertas. Para mí, en

cambio, era la sonrisa blanda del bebé que ignora sus impulsos.

—Y ésta es la novedad de esta semana —concluí.

Sucedió lo que había previsto. El doctor Pi me miró con sus ojos comprensivos y dijo en su tono sabio de otros días: por hoy es suficiente.

Pero yo no había terminado aún. Por cierto, comenté como al desgaire, no podré venir más. Los ojos del doctor Pi, siempre entrecerrados en un sueño acariciador, se abrieron.

¿Por qué?, preguntó con asombro. Es a causa del horario. Como reacción lógica al asunto del café, Bueno nos obligó a salir a las siete en lugar de las seis, como acostumbrábamos. Se valió de un argumento hipócrita, como todo en él: dijo que entre las salidas al baño y las idas a la cocina nadie cumplía con sus ocho horas.

El doctor Pi se frotó la barbilla, como pidiéndole consejo. Miró su agenda. Los jueves tengo otra paciente después de usted, dijo. Los otros días es usted quien está ocupada, según me ha dicho. Y los fines de semana están fuera de consideración. Levanté las cejas con el despliegue de aplomo de Regina Hubbard en *La loba*, que lamenté otra vez, y mostrando las palmas, encogí los hombros, en señal de fingida impotencia. Habría querido volver atrás y que todo hubiera sido distinto, pero no había remedio. El vínculo que había entre ambos para entonces se había vuelto inevitable, mientras que la distancia que había entre la yo de antes y la nueva

era ya un espacio ofendido. Me puse a arreglar con sencillez el dobladillo del vestido negro que usaba para la sesión y a esperar que dijera lo que dijo:

—Tendré que mover el horario de la paciente de las siete —suspiró—. Es posible que no vuelva. Es una paciente de muchos años.

Crucé la pierna, tal como hace Mildred Rogers en *Cautivos del deseo* y ladeando el rostro, dije: Eso prueba que no sacó mucho provecho de usted. Me daba cuenta de que lo que ocurría durante los cincuenta minutos de la sesión era algo que ya no podríamos negar ni romper. En cambio, no sentía nada por ese hombre ni un minuto antes ni uno después de la consulta. Y percibía que de seguir dando esos resultados él sentiría lo mismo. En efecto, descubrió la punta del lapicero para borrar algo e hizo ajustes en su agenda. Tendré que hablar con ella, dijo.

Habíamos alcanzado el punto de equilibrio.

Selección natural

Es probable que el modo de expresar una emoción con movimientos, aunque hoy sean ya innatos, se haya adquirido gradualmente. Pero descubrir cómo se han adquirido tales hábitos es, en gran medida, desconcertante.
(Charles Darwin, *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*)

Yo frente al interfón, haciendo zumbiar un timbre que nadie contesta. Yo, entrando por la puerta metálica que se abre sola, andando hacia el fondo del jardín por el camino de piedra que hace resonar mis pasos. Yo, reconociendo el acceso al interior de la casa, las ventanas con las persianas cerradas, como perros que aún duermen detrás de los cristales y del otro lado, los macizos de flores que empiezan a tomar color con cierto recelo, como si me reconocieran. No puedo decir que vaya al trabajo sino que regreso; vuelvo del cuchitril donde duermo unas cuantas horas. Un trabajo temporal que me obliga a pasar en esta casa la mayor parte del tiempo. Llevo apenas unas semanas aquí aunque en el giro soy como un matusalén. No sé qué me retiene en este tipo de empleo, algo a lo que a veces llamo dinero fácil

pero en ocasiones pienso dinero para qué. Para salir de esto de una vez y mandar todo al diablo. Es una opción. Quizá algún día. Por lo pronto, paso horas recorriendo la propiedad, haciendo como si descubriera algo que se mueve. ¡Hey!, grito de pronto, aunque quién me va a responder que no sea yo mismo y además nada se ha movido.

De vez en cuando me escapo con la mente y escucho la voz de la mujer que me dice: Se te ve lo listo, René, tienes talento. Mira cuántas cosas sabes hacer que otros ya quisieran. Sabes abrir cerrojos, sabes componer los frenos de un auto, sabes brincar azoteas y meterte en las casas cuando a alguien se le pierden las llaves como hiciste el otro día... Dice todo esto y yo trato de guardar alguna historia que me haga pensar en lo que pude ser. En lo que hubiera sido de no ser esto. Pero todo termina cuando recibo la llamada de su marido con la instrucción que corresponde a ese momento. ¿Estás con ella?, me pregunta. Contesta sólo sí o no. Sí, respondo. No digas que estás hablando conmigo, simula que te llamó alguien más, salúdame. Saludo a un amigo imaginario. Esto es lo que vas a hacer: la llevas al mercado, la acompañas a la compra y cuando hayan subido las bolsas al auto, la dejas sola en él. Finge que tienes que ir a la ferretería, que se te olvidó comprar una clavija o un cable, lo que se te ocurra. Pero déjala sola en el coche. No le des ninguna seguridad ¿oíste?, deja que le entre miedo. Entonces me acuerdo de lo que vine a hacer y oigo que

algo se rompe antes de que acabe de inflar el mundo con otra vida y logre meterme en él. Imagino varias posibilidades, antes de actuar. Imagino que renuncio, tomo mis cosas y me voy. En cambio, hago lo que tengo que hacer, como sucede en cualquier trabajo, y eso es lo único que me evita decir mire yo me voy, hasta aquí. No es que antes no haya tenido esta clase de encargos, y muchas veces. Es que me encabronan los tipos como éste, felices de haber hecho un patrimonio. No dilapidan, no invitan a nadie a comer. Si dan una fiesta es porque saben que los invitados les propondrán nuevos o más rentables negocios. Ni de chiste invitarían a un tipo como yo. Luego de que vayas por la clavija, dejas a mi mujer un buen rato en el coche, insiste, no la vayas a traer de inmediato. Me despido del amigo imaginario, que te vaya bien, le digo, sí, lo mismo para ti, sí, en eso quedamos. Voy a hacer la última revisión al coche antes de salir, le digo a la mujer y me marcho.

No acabo de entrar a la casa cuando ella ya se me está colgando del brazo y me dice: ¡Por favor, René, revisa el jardín antes de que nos vayamos, por lo que más quieras! Veo los pants de terciopelo que usa aunque nunca haga deporte, y me limito a hacer la pregunta de rutina: ¿Otra vez? Ella asiente. Acabo de revisarlo todo, le digo, pero como guste. Si eso le da seguridad... Sí, me da, responde con impaciencia. Dejo la chaqueta en la banca y empiezo a revisar, subiendo los escalones de dos en dos y asomándome detrás de cada mata. Salgo

al otro lado, detrás de la cocina y atravieso el camino de losas. Me interno en el jardín de atrás, donde los árboles cubren toda visibilidad y arrastro los ojos por diversos paisajes familiares: la huerta abandonada, los vidrios que enterré en el borde superior de los muros, los huecos de las balas que incrusté y luego tuve que quitar, el agujero que cavo aprovechando cualquier momento para avanzar un poco. Suena el móvil y escucho del otro lado. ¡René!, dice la mujer, ¡soy yo! Como si no la reconociera. Estoy muy nerviosa ¡es que sigo oyendo ruidos, como de un metal que golpea con algo! Guardo silencio un rato y dejo la pala. Trate de relajarse, respondo, está usted alterada. Sí, René, así quedé desde lo del coche, discúlpame. Cuelgo. ¿Me oyes bien? Ahora es el marido a través del celular. Una llamada más y lo arrojaré contra un muro. Sí, respondo, tranquilo. Ven a la cocina entonces. Pero antes avienta unas piedras al fondo del jardín; procura que choquen contra algo. Haz bastante ruido. Que se oiga que viene de un lugar distinto al sitio donde estás.

Ése era el hombre que me contrató. Un tipo esmirriado con los labios fruncidos, como todos los que tienen el culo en otra parte.

Cuando entro en la cocina, oigo que la mujer le informa: voy a comprar dos kilos de aguacates, pero apenas me ve entrar, pregunta: ¿no seguiste oyendo ruidos al fondo del jardín? Por qué dos kilos, interrumpe el marido, como si no la hubiera escuchado o no le

interesara lo que ella dice. Porque tú te comes uno en cada sentada y yo me quedo sin probarlos, contesta ella y se pone a anotar: pan, leche, aguacates maduros. Seguro por eso estás tan delgada, dice él, riendo para sí. Y no, René no oyó ningún ruido; aquí la única que oye ruidos eres tú.

Cuando salimos de la casa, ya solos, enfilándonos entre un tránsito denso hacia el centro, la mujer emite un suspiro y comenta: ha perdido mucho, no te imaginas cuánto, René. Juventud, ganas de vivir, el pelo. Y se gira para mirar por la ventanilla. Aunque todavía le queda algo, ¿sabes qué es? Rencor. Yo guardo silencio, como acostumbro en estos casos, pero ella continúa. ¿Y sabes por qué? Porque el tiempo pasa y yo no me muero. Mientras tanto, él envejece. Austeramente. Hemos hecho un testamento de modo que uno de los dos reciba todo cuando el otro se muera. Y como no me muero, él cree que yo soy su mayor enemiga. Pero su peor enemigo es el tiempo. Miro a la mujer por el espejo retrovisor, bien firme en el asiento de atrás. Parece de acero. Siento asco por el marido. Los hombres verdaderos no deberían perdonar a los débiles.

Sigo por periférico hasta Reforma y ella continúa: Sin embargo, me ama. Y yo no puedo evitar amarlo también. Nos amamos tanto que nos leemos los pensamientos, aunque ninguno de los dos lo quiera. Damos vuelta en la rotonda de la Diana Cazadora y ella se asoma a observar, de modo que pienso que por fin se calla-

rá. Al rodear la glorieta, sé que me he equivocado. Sólo que él es más fuerte, continúa. Me llama con la mente todo el tiempo, no me deja en paz. Tiene un pensamiento muy poderoso. Yo estoy concentrada en algo y él me interrumpe: acuérdate de esto o no vayas a olvidarte de esto otro. Aunque no esté a su lado me paso todo el día atendiéndolo.

Dice esto de mal humor y se queda meditando, porque me da tiempo de concentrarme en mi trabajo y hacer algunos cálculos. Cuando nos encontramos en medio de un embotellamiento, se siente obligada a añadir: Sabe mucho de los fenómenos de telepatía y clarividencia. Ha leído a Sir William Crookes, el investigador metafísico que descubrió la materia en estado radiante. Un genio de la psicoquinesis. ¿Tú sabes lo que es la psicoquinesis, René? Muevo la cabeza. Es la modificación del estado de reposo de la materia. La más interesante es la psicoquinesis espontánea, o sea, la que se manifiesta de modo imprevisible. La que hace que se puedan mover los objetos, influir en la voluntad de las cosas, por así decir. En momentos como ése yo la dejo hablar, pero tengo que ponerme listo porque al terminar sus discursos a veces me hace preguntas. ¿Sabes qué hizo Sir William con su esposa, René? Otra vez niego. Materializó al espíritu de una mujer llamada Katie King y verificó sus apariciones con un galvanómetro. ¿Tú sabes lo que es el galvanómetro? Cómo no vas a saber, si eres un iluminado con cualquier herramienta, lo que

pasa es que la has de llamar de otro modo. Mira, es un aparatito con el que sabes si además de ti hay una presencia o no donde te encuentras. Bueno, en una sesión, lady Crookes vio una aparición nebulosa con cierta forma humana envuelta en paños muy delgados que tomaba un acordeón y se ponía a tocar por toda la sala. Como nadie cantó ni quiso acompañarla, aquella aparición se hundió en el piso, dejando visibles solamente la cabeza y los hombros que la señora vio aún tocando el acordeón, imagínate... Mi esposo me prestó algunos libros sobre esto. Dice que eso explica los ruidos que yo oigo...

Miro por la ventanilla y suspiro. A veces él es bueno, René. Y un hombre muy culto. Pero nuestra comunicación no fluye. No logro que entienda que vivo en un infierno. Yo le digo que oigo ruidos extraños, de golpes, de gente que me sigue. Tengo el presentimiento de que alguien me quiere matar. Pero él me responde que es la psicoquinesis y como con lo del aguacate, da el asunto por terminado.

Luego, acercándose trabajosamente en tono confidencial, me confía:

—¿Te acuerdas el día aquél cuando fallaron los frenos del coche y sólo él y tú lograron saltar? Yo me pregunté mientras caía al vacío “¿Por qué?” y él me respondió con el pensamiento: “Por gorda”. Me quedé muy desconcertada. El auto se incrustó en un árbol, como sabes, y no obstante me salvé. Luego llegaste tú

a sacarme antes que los paramédicos. Me llevaste en brazos, me depositaste junto a un matorral y yo lo único en lo que podía pensar era cómo fue que mi esposo me había mandado una respuesta tan errónea. Porque el sentido de mi pregunta era: “¿por qué nos ocurren estas cosas?”, y no, “¿por qué lograron saltar ustedes dos y yo no?”, como arguyó él después que yo le había dicho. Más tarde, me explicó que debía ser más clara al hablar con él por vía mediúmnica. Ocurrió apenas unos días después de que entraste a trabajar con nosotros. Desde entonces, yo sentí que me protegías. Porque aquella vez ¿qué hubieras podido hacer? En cambio, arreglaste los frenos enseguida y una vez salido del taller, te aseguraste de que no fallara nada más en el auto. Un genio de la mecánica. Y, si me permites, de la dedicación. Porque revisaste el coche exhaustivamente, le encontraste mil desperfectos, me acuerdo. Cobraste una fortuna. Y también recuerdo que hasta hoy mi marido no ha terminado de pagarte, te debe un dineral. La cara que puso cuando le dijiste lo que costaría reparar el coche... La mujer rio, bajito. Te dijo que no te pasaras de listo. Pero no se lo tomes a mal, René: él es así, siempre ahorrando en la comida del perico. Tú en cambio no escatimas en gastos. Y es que no te quieres jugar ningún riesgo. Por eso me gusta ir contigo sentada acá atrás mientras tú manejas. Cuando termina tu turno, en las noches, me siento desprotegida. Ay, no quisiera que te fueras a tu casa, suspiró. Trabajo diez horas corridas, dije. Sí, y eso

es malo para tu espalda, lo sé. Pero ahora que volvamos a la casa te voy a poner unos jitomates asados sobre los riñones, verás qué alivio.

Llego por fin a La Merced y busco un lugar donde estacionarme. No puedo estar con usted más horas, respondo, como suelo hacer, mucho tiempo después de que la gente me ha comunicado algo, porque me quedo pensando las cosas. Luego añado: Yo también tengo una vida. En eso mentía. Vivo en un cuarto sin ventanas y ahí no hay nadie más que yo mismo. Sólo yo y mi mágnun, mis herramientas y mis dos morteros recién hechos. Y, aunque esto no se lo iba a decir, lo que menos soporto en el mundo es estar conmigo.

Yo lo sé, dice, tienes una vida rica y creativa. Lo descubrí la noche en que oí los disparos y al día siguiente, cuando te mostré las balas que encontré regadas, tú dijiste, mostrando una que no estaba percutida: ésta sirve para hacer un llavero. Al día siguiente lo trajiste con las llaves del coche. Te quedó muy bonito. La gente creativa muestra siempre una inteligencia superior. Es capaz de soñar, de pensar en algo más que en subsistir un día y otro día.

Yo empiezo a cansarme de tanta cháchara. No estoy acostumbrado a conversar y nadie me había hablado así. No es más que un simple llavero, digo. Sí, pero es en los detalles simples de las personas donde se ve su mundo interior.

Después de estacionarnos y ayudarla a bajar del auto, voy caminando con ella entre los puestos atibo-

rrados de gente, probando los bocaditos que le van ofreciendo los marchantes. Después la ayudo a subir las bolsas de la compra al auto y en cuanto está sentada, finjo que necesito una clavija. Voy a la tlapalería que está allí, señalo, no tardo, y cierro la puerta con seguro. Pero... ¿¿Por qué?¿, grita, asomándose por la ventanilla. ¡Ya le dije que no tardo!, repito, alzando la voz, pero ella vuelve a gritar: ¡No me dejes sola! ¡Tengo miedo! Me acerco, para que no oigan los demás. Te acompaño, dice. Se cuelga de mi brazo a través del vidrio del coche, con la confianza de una tía sin ser mi tía, ella apergollada y yo tratando de zafarme desde la calle. Al sentir mi bíceps, exclama: ¡Oye, qué fuerte estás!, con el asombro de una novia sin ser mi novia y vuelve a presionar con la admiración de una esposa, sin serlo tampoco, y con esa misma confianza, añade: ¿Haces ejercicio? Es por mi trabajo, respondo con sequedad. Hacer barra y dominadas es lo único que me tranquiliza antes de tener que usar la mágnium o hacer estallar un mortero. La cosa no llega a más. Subo de nuevo al vehículo. En cuanto arranco, le advierto que quiera o no, iré más tarde a lo de la clavija y alguien se debe quedar con las cosas en el coche. Pero ella ya tiene los ojos cerrados y no escucha. Según murmura, su marido le está enviando un mensaje por vía mediúmnica. Cuando los abre, le pregunto, por divertirme un poco: ¿Y qué le manda decir el señor? No sé, dice cortante. Aquí con el ruido del tránsito hay mucha interferencia. Sonrío. ¿De verdad cree en esas

cosas? Se queda pensando un momento. Si no las creyera, me dice, mi esposo ya me habría encerrado en un manicomio, ¿no te parece?

Su respuesta se queda dando vueltas en mi cabeza. Y es que hace cosas raras, la verdad. A capricho, una vez pagó de más al plomero y a mí me obsequió un suéter nuevecito que el marido nunca desempacó. Es un acto gratuito, René, me dijo. Gratuito porque no te costó nada, pensé. Explicó que ella solía hacer ejercicios de agradecimiento. Tengo muchas cosas que agradecer a la vida, por ejemplo: haberme topado con Céfiro y contigo, con los dos. Al plomero, la mujer le debía el arreglo del céspol de un baño que el marido no quería pagar y a mí, bueno, me debía la vida, según ella.

Después de que volvemos del mercado por lo regular la mujer cocina lomos, gallinas de guinea, patos laqueados y un envuelto que le lleva día y medio de preparación llamado brazo de gitano. Con lo que ese día compramos, hace además unas galletas de jengibre y llena un par de canastas que nos da al plomero y a mí. Cuando terminamos el turno, Céfiro me dice que él piensa vender su canasta y me pregunta por la mía. Sin mediar palabra, se la extiende. Aquél sólo come tortillas de maíz y a mí comer antes del trabajo por lo regular me enferma. Es por el reflujo, dice la mujer cuando le confieso que me he deshecho de las galletas. Yo también lo padezco. Toma estas pastillas. Las pastillas me dan náuseas y las tiro. Como no tienen acogida entre Céfiro

y yo, y el marido no prueba alimento con tal de llevarle la contra, la mujer acaba zampándose las galletas restantes, hecho que le da bastante reflujo. A las sirvientas les obsequia dinero o ropa usada pero nunca les da cosas de comer. Es para que no les pase lo que a mí, me dice un día, señalándose el cuerpo. Si vieras, cuando mi marido me conoció, tenía una cintura que le cabía entre las manos. Parecía relojito de arena. Claro que todavía tengo lo mío, aunque a una escala mayor. Ante estos comentarios yo me limito a emitir una especie de gruñido y después guardo silencio. Un día me confía que su esposo es impotente. Como sé que es imposible que un hombre se confiese impotente, comprendo que el marido no está dispuesto a tocarla ni aun en el supuesto de verse a punto de caer sobre ella y que es una forma de quitársela de encima. “Esta gorda es casta”, pienso, mirándola por el retrovisor. Y siento calambres.

La tarde en que debo llevar a cabo el trabajo el marido se ausenta, como convenimos, pretextando una reunión de excompañeros de carrera. Antes fue director de un importante despacho de contadores y se veía que hizo bien las cuentas. Tan sólo la casa, sin contar el jardín, era la más grande de toda la manzana. Tenía árboles grandes, macizos de flores y un frontón abandonado cubierto de pasto y maleza. En cuanto anochece, la mujer me pide revisar la parte trasera del jardín por última vez porque va a quedarse sola. Ay, cómo lamento que tengas que irte a tu otra vida, René. Más en una situación como

ésta. Mi marido, ya lo viste, no quiso llevarme con él y las muchachas se fueron a su pueblo.

Quiero proponerle algo: quedarme con ella un rato, para seguir con el plan concebido, pero ella se me adelanta. Al menos sube unos minutos al recibidor, me dice. Mañana es nochebuena y como no voy a verte en unos días, te prepararé una sorpresa. Salvo en la cocina, nunca había estado dentro de la casa. Subo las escaleras y veo el saloncito por primera vez. Sobre la mesa de centro, ha dispuesto dos manteles, una azucarera, un canasto con manzanas, una ponchera con vino caliente y un par de copas. Enseguida regreso, murmura. Mientras vuelve de hacer sus necesidades observo unos cuadros espantosos de gordas perseguidas por hombres con cuerpos de cabra; un sofá percutido y cubierto con un mantón; una estantería con miniaturas de cristal y otras cursilerías como una cuna vacía, un columpio, un huevo adornado y un pozo. Luego, me quedo mirando la serie de cojines que borda y el sillón mullido por el peso donde lleva a cabo esta tarea. Finalmente, me siento. La veo entrar de nuevo, vestida con una blusa estridente y una falda de flores, como una muñeca más grande que el tamaño natural, de esas que las niñas patean por detrás de las piernas para hacerlas caminar. Trae unos tacones con pedrería y un broche en medio de los senos que me obliga a levantar la cara cuando desde aquella altura se inclina y me dice: Cierra los ojos, René. Vas a oír música celestial. Se va contoneando hacia el aparato

de sonido y lo enciende. Es el coro de los niños cantores de Viena. ¿Lo habías escuchado antes? Cómo iba a escucharlo, me dan ganas de decir, si el lugar de donde vengo los únicos coros que hay son las peleas de perros y los balazos. Pero me conformo con decir que no, ni tampoco he bebido un vino tibio como ése que me está sirviendo. ¿Nunca has bebido vino?, pregunta, azorada. Lo más cerca que he estado de un líquido de ese color es la sangre que vendo cuando el trabajo escasea, pero me limito a decir: No, señora. Soy hombre de pocas palabras, pero esta vez pienso que debo decir algo más. O quizá es que de pronto empiezo a sentirme cómodo, relajado. Tanto, que en cuanto la mujer se distrae, corto la línea telefónica tal como convine con el marido, en el fondo con más interés de que él ya no pueda comunicarse que por otra cosa. Está el celular, por supuesto. Aunque llego a tener un pensamiento sorprendente: puedo responderlo o no. Pero soy persona de palabra, al menos en lo que al trabajo se refiere. Cuando voy a servirme la segunda copa, la mujer toma mi mano y con una cucharita me fuerza a mover la ponchera. Ay, René, con un talento así y con tu tipo es un desperdicio que nadie te haya enseñado estas cosas.

Bebemos otra vez y no sé por qué me entran ganas de mover de nuevo la ponchera, tomando ahora su mano acojinada y blanca. A través de la blusa entrea-bierta veo la piel color migajón. ¡Enséñame algo que no sepa!, me dice de pronto, y ahí sí me pone a pensar:

torcerle el cuello a alguien, clavarle una navaja en el costado, golpear sin dejar marcas, en cuál de mis especialidades podré instruirla. No, la verdad, no sé... digo. Ay, René, no seas tímido. Algo haz de saber que yo no sepa. Está bien, ponga otra música, digo. Póngame una cumbia, la “Cumbia de la Pasión”. Nos ponemos de pie y la voy conduciendo con suavidad entre los muebles. Nada más déjese guiar, le advierto, acercándola y demostrando que el secreto de la cumbia está en quebrar la cintura apenas. Ahora viene lo bueno, le advierto, preparándome para componer la figura. Estamos en lo mejor del baile cuando, de pronto, ella se separa de mí. Cierra los ojos, inclina un poco el talle y se levanta el vuelo de la falda, como si quisiera librarla de un lodo invisible. Empieza a moverse con lentitud, disfrutando el baile y sonriéndome a mí o a quién sabe quién. Tiene el pelo recogido con una peineta, pero al dar el giro, sin perder el compás, se suelta el cabello que pierde el dominio y la hace parecer otra persona. Y es como si la psicoquinesis hiciera su efecto y alguien hubiera acudido al oír los sonidos de la música. Pude haberla abrazado, impidiéndole moverse y terminar con lo pactado, pero en vez de eso la tomo por atrás y le susurro al oído: “Si no estuviera tan cruda sería capaz de comérmela”.

Suelta una carcajada y echando la cabeza hacia atrás me mira. Si llega el viejo, me parte, pienso, a mí, que en lugar de darle muerte le estoy dando la alegría de su vida. De no ser porque estoy a punto de mandarla

al otro mundo, con ese sólo gesto le habría prolongado la vida veinte años, por lo menos. ¡Mire!, digo, mostrándole el cable trozado, como para recuperarme a mí mismo. Pero ella no lo ve o no quiere verlo; desde otro tiempo y otro espacio navega en las arenas movedizas del pasado, en un tiempo que parece jalarme y me obliga a olvidar mi misión. Bebe un poco más, dice. Y bebo.

¿Ves cómo todo esto es un lago, René?, y señala el salón. Ven, rememos un poco mientras nos sea posible. La abrazo por la espalda, extendiendo sus brazos y haciendo un movimiento hacia adelante y atrás. Pronto, todo esto que ves serán caminos de cemento, me dice, y cuando miremos al cielo veremos sólo cables. Toma del cesto una manzana chica y picada, de esas que compra conmigo en los puestos baratos porque con lo que le da el marido tiene que ahorrar en los ingredientes de primera. ¿Ves esta fruta?, me interroga. Viene del paraíso. Pronto las inyectarán con sustancias y verás a la gente adquirir cuerpos monstruosos. Pone mi mano en uno de sus senos y siento la carne turgente debajo de la blusa. Y en ese momento se derrumba. “Es ahora o nunca”, pienso, y la llevo a la cama. Calculo que mi labor estará pronto concluida, pero al acercarme a tomarle el pulso ella me oprime la mano. ¿Se siente mal?, le pregunto, esperanzado. Nunca me había sentido mejor, dice arrastrando las palabras. ¿Por qué no brindamos por esta razón? Voy por las copas y bebo yo también.

Ah, dice. Qué bien. Ahora habla muy lento y la voz, más grave que la usual, parece venir de otro rumbo.

Me has enseñado tanto; he aprendido tanto de la vida junto a ti, dice. Es..., se mira la mano y mueve los dedos, como si me hubiera descubierto el pulgar. Qué quiere decir con esto, sólo ella lo sabe, el caso es que me acerca la mano y mueve el pulgar frente a mí. Ven, acuéstate conmigo un momento, dice, pero antes, bebe un poco más, anda. Me bebo de golpe otra copa y me tiendo de perfil junto a ella, en la orilla en la cama. ¿Quieres que te diga algo, René? Nunca me he acostado con otro. No quiero seguir por ese camino porque me repugnan las intimidades, más aún cuando vienen de alguien que no soy yo. Pero ella no es de la misma opinión: Si tan sólo él pudiera estar algún día así, conmigo, como hoy estás tú, dice. Le transmitiría tantas cosas sin necesidad de decírselas... Guardamos silencio un momento, hasta que ella me dice: Quiero poseer su mente, René, tal como él ha poseído la mía. ¿¿Quiere su cabeza?¿, pregunto, sorprendido. La mujer suelta una carcajada y me contagia a mí también.

Pues su cuerpo, no lo puedo poseer...

Nos reímos aún más, sin saber por qué. Recostados de perfil, nos miramos frente a frente y ella susurra: Eres... Entonces la oigo roncar. Llegó mi momento, pienso. Quiero levantarme y tengo que detenerme a causa del mareo. Retomo el equilibrio, bajo las escale-

ras, tomo mis pocas pertenencias y salgo. Ya estando en la entrada, enciendo el celular. El marido, furioso, grita desde el otro lado, con su voz tipluda: ¡Imbécil! ¿Qué carajo te pasa? ¡Tengo horas tratando de comunicarme contigo y tu teléfono siempre me manda al buzón! Respiro con calma y pregunto: ¿Depositó el dinero? Pero el hombre me grita más fuerte aún: ¿No te estoy diciendo que he estado tratando de comunicarme contigo? Tengo horas queriendo decirte que no pude ir al banco. Respondo: Ajá. Y ante mi respuesta, se detiene en seco y cambia el tono de voz. Mira, dice, terminemos con esto y mañana a primera hora me acompañas al banco y... No oigo lo demás; simplemente espero a que termine de hablar. ¿Oíste lo que dije?, pregunta. Sí, digo, lo oí. ¿Y terminaste con todo, no? Sí, digo, terminé. Entonces espérame donde acordamos para llevar el cuerpo al fondo del jardín.

No tuve que aplicar mucha fuerza. Luego de la cuerda, procedí a cortar la cabeza de un tajo con la pala. Quién sabe por qué la puse en el cesto donde antes habían estado las manzanas. De regreso a mi casa, se me ocurrió que nunca antes había hecho un regalo.

Instinto de sobrevivencia

Alguien frente a mi casa se lleva las manos a la boca, soy yo, estoy regresando y me doy cuenta de que la asaltaron. El portón de metal abierto de par en par, las cerraduras rotas, la puerta de madera de la entrada destrozada por una barreta. Un gran agujero se burla, entra, entra, y lo que me asombra no es la risa sino la incoherencia. Como si un cirujano se bajara los pantalones en una operación. Se acercan los mirones, entre ellos el vecino que ve con desinterés: no nos dimos cuenta, dice con indiferencia, ni siquiera ladró el perro, y vuelve a su casa. ¿Alguien tiene un teléfono? Un joven marca un número en su celular y minutos después tres agentes hacen una entrada aparatosa, ya no están, nos informan desde el balcón de mi recámara, aquí no hay nadie, y uno de ellos nos dirige una seña que significa: los limpiaron. La ropa tirada, los cajones al revés, todo es un desorden, un bosque devastado. Camino entre los montones de papeles y libros y ropa y lo que observo, en cambio, es la falta. No hay computadoras, no hay memorias externas, ni joyas, ni dinero. Es la despedida de lo que fui con esos objetos y ya jamás seré sin ellos, gracias por venir, digo a los policías, les agradezco por no sé qué, y después de ver los restos del desastre mi reacción es echarme a andar, no volver más. No sabría

cómo ser sin las cosas que como adjetivos puntuaban mi existencia. Hasta antes de este momento yo podía decir: yo soy esto: digamos, lo que escribía, o escribí, y que ahora no existe. Los lugares en que estuve, la gente con la que compartí algunos momentos de la vida: las fotografías que se llevaron. Sin rastro de memoria. No me reconozco, eso es. Por un instante, no reconozco los muebles, los cuadros, los libros regados por el suelo, en busca de una caja fuerte, pienso, por eso los sacaron. Decenas de libros abandonados en una casa que fue mía. Salgo al viento helado, vámonos de aquí, qué absurdo, después de todo, si pienso que yo soy mis libros, lo que despreciaron en cierta forma fue a mí. El sillón en que leo, no, en que *leía*, me digo que debo ser más cuidadosa con los tiempos verbales. Yo *era* eso. No pienso volver, observo a un hombre dándose calor en las manos con la boca, no tiene sentido el regreso y no entiendo por qué. Quizá porque no soy la mujer que arregla los libreros y mete de nuevo la ropa en los cajones y ordena su casa, esta es una razón que encuentro válida por el momento. Y porque no puedo volver.

Pago al administrador ¿no trae equipaje?, me pregunta, se llama hotel, me repito, esta noche dormiré en un hotel. Porque no puedo volver: no hay puerta en mi casa y podrían regresar los asaltantes. Ésa es otra razón válida, cada vez encuentro más lógicas las razones, ¡señora!, dice el de la recepción y me entrega una llave. Contra todo pronóstico, caigo como tronco y despierto

poco antes del amanecer, qué bueno que siempre cargo un peine y un cepillo dental portátil, como una vacación no planeada, salvo que no puedo dejar de pensar en aquella casa, salvo que no hay mar ni aire acondicionado ni tiempo libre. Salgo y me avisan que olvidé pagar, no fue mi intención, extendiendo al empleado una tarjeta de crédito: una bruma azulada y edificios que comienzan a encender sus luces poco a poco. Al atravesar la calle en mi afán de sólo seguir adelante fui reuniendo varias cosas para sustituir a las otras: cables, muros con grafiti, cortinas de metal que comienzan a abrirse, un puesto de periódicos y el dueño acomodando los diarios en pilas: “ruedan ocho cabezas”, “una muerta más en Ctiudad Juárez”, “otro edil asesinado”, ¿tienes hambre?, tengo, me respondo y al menos de momento no soy una muerta más, a mí sólo me asaltaron.

Entro a una cafetería, desayuno continental ¿de qué continente será? Hola ma, buenos días, robaron mi casa, estoy en un restorán, por eso te llamo a esta hora. No me des problemas, siempre das problemas, es insoportable a esta edad oír esas noticias. Pienso en otra casa, es la de Emma Bovary, un pequeño surtidor y una perrita galga, a la que odia, porque está tan perdida como ella, yendo de un macizo de flores a otro y sin saber qué hacer. Pienso en el camino de Swann, un camino que siempre lo lleva de regreso al pasado que es su casa, y en la casa de los Buddenbrook, con la mesa puesta y los vinos exquisitos y la familia departiendo

sobre asuntos de importancia siempre. Mis casas están en el siglo XIX, pienso. ¿Quiere más café con leche?

Shere-Sade

Tengo un amante veinticuatro años mayor que yo que me ha enseñado dos cosas. Una, que no puede haber pasión verdadera si no se traspasa algún límite, y dos, que un hombre mayor sólo puede darte dinero o lástima. Rex no me da dinero; tampoco lástima. Por eso dice que nuestra pasión, que ha rebasado los límites, corre el peligro de comenzar a extinguirse en cualquier momento.

Noche primera

Hasta antes de conocerlo yo había asistido a dos presentaciones de libros y nunca había ocurrido nada, lo cual es un decir, porque bien mirado cuando no ocurre nada es cuando realmente están ocurriendo las cosas. Y esa vez ocurrieron del siguiente modo: yo estaba sola, en medio de un salón atestado, preguntándome por qué había decidido torturarme de esa forma, cuando me di cuenta de que Rex, un famoso escritor a quien sólo conocía de nombre, estaba sentado junto a mí. Cuando terminó la lectura del primer participante, aplaudí. Acto seguido, Rex levantó la mano, increpó al participante, volvió a acomodarse en su asiento. Con pequeñísimas variantes ésta fue la dinámica de aquella presentación:

se leían ponencias, se aplaudía y Rex alababa o destruía al hablante, comentando siempre con alguna de las Grandes Figuras que tenía cerca. Alguien leía, Rex criticaba, otro más leía, Rex criticaba, yo aplaudía. Si el minimalismo es previsibilidad y reducción de los elementos al menor número de variantes posible, ésta fue la presentación más minimalista en la que he estado. Terminada la penúltima intervención a cargo de una autora feminista, Rex criticó, yo aplaudí, fui al baño. Lo oí decir que la estupidez humana no podía caer más bajo. Al regresar, antes de que se diera por terminado el acto, noté que Rex tenía puesta la mano abierta sobre mi asiento y distraído conversaba con alguien. Cuando señalé el sitio en el que había estado sentada y en el que ahora su mano autónoma y palpitante aguardaba como un cangrejo, Rex clavó la mirada en mí y dijo: “la puse ahí para que se mantuviera caliente”. Dos horas después estábamos haciendo el amor, frenéticamente. Así se dice: “frenéticamente”. También: “enloquecidamente”. En el amor todo son frases prestadas y uno nunca está seguro de decir lo que quiere decir cuando ama. Pero cuando uno quiere con todas sus fuerzas no estar allí y no puede hacerlo, ¿cómo se dice?

Noche tercera

Lo primero que tengo que admitir es que no sé muy bien en qué consiste el decadentismo nihilista porque nunca antes de conocer a Rex me lo había planteado. Según él, ese término define a la Generación X, la más decadente y desdichada de las generaciones de este siglo, a la que desafortunadamente pertenezco. Yo no hice nada para pertenecer a ella. Pero si quisiera ponerme en el plan en el que según Rex debiera, podría arrepentirme sólo de un hecho: haberme sentado junto a él, un escritor tan famoso, en una presentación de libros. La regla de oro entre los asistentes a este tipo de actos es que nadie se involucre con nadie y que las amistades, si es que prospera alguna, estén cimentadas en el más puro interés (te doy, me das; te presento, me presentas; te leo, me lees) o en el descuido. Rex dice que toda relación que no provenga del alcohol es falsa.

Noche séptima

Hoy Rex y yo decidimos algo muy original: que nadie, nunca, se había amado como nosotros. Y para confirmarlo, usamos las frases que usan todos los amantes. Un solo ser en dos cuerpos distintos. Dos almas gemelas entre una multitud de extraños. Cien vaginas distintas y un solo coño verdadero.

Noche décima

Ocurrió desde la primera vez, pero me había olvidado de contarlo. Estábamos en el momento culminante, haciendo el amor frenéticamente, como he dicho, y de pronto el cuarto se nos llenó de visitas. La primera que llegó fue la Extremadamente Delgada de Cintura. Rex comenzó a hablar de esta antigua amante suya porque mi postura se la recordaba. Era decidida, ardiente y pelinegra. Había que cogerla muy fuerte de la cintura, a la Extremadamente Delgada, porque si no era capaz de despegar. “Así”, dijo, apretándome. “¡Ah, cómo subía y bajaba aquella mujer!”, añadió, mientras me sostenía, nostálgico. Pero luego de un rato, levantando el índice, me advirtió:

—Podrán imitarla muchas, pero igualarla, ninguna.

Y hundido en esta reflexión fue a servirse un whisky. Al cabo de unos minutos en los que yo misma, una vez caída en una especie de ensueño, pensaba en la pasión tan grande entre Rex y yo, él rompió el silencio:

—Eran unas cuclillas perfectas —dijo, refiriéndose a aquella otra mujer—. Mírame: se me pone la carne de gallina nada más de recordarlo.

Era verdad: la blancura enfermiza de la piel a la que por años no le había dado el sol se había llenado de puntitos.

—Como un émbolo de carne —dijo, casi en estado de trance—. Arriba y abajo, fuera de ella, sobre mí, dando unos alaridos impecables.

Según Rex aquella mujer de las cuclillas tuvo un excelente *performance*: lo hizo tocar el cielo, sin exagerar, unas seis veces. El mismo día de su entrega, antes de despedirse, la Extremadamente Delgada de Cintura le pidió que le hiciera el amor por detrás.

—Quería hacerme una ofrenda —me explicó Rex, conmovido—, un regalo.

Después de esta confesión, para mí insólita, se hizo de nuevo un silencio. Creí que la historia de Rex era una forma más bien oblicua de pedirme algo, así que me abracé a una almohada y me ofrecí, en cuatro patas, de espaldas a él. “No te muevas”, me dijo, y unos segundos más tarde sentí el flash de una cámara. Esperé un poco más, pero nada ocurrió, y tras angustiosos minutos oí que alguien junto a mí roncaba.

Noche 69

—¿Por qué me gusta tanto que me hables de tus antiguas amantes? —mentí.

—Porque la carne es la historia —me explicó Rex, muy serio—. Aunque esto muy pocos lo entienden.

Y luego, acercándose a mi oído me dijo, bajito:

—La carne por la carne no existe.

Noche 104

Dos semanas después me trajo la foto. Junto con una carta que decía: (“adoro la negra estrella de tu frente, pero adoro mil veces más a la otra, la impúdica, ese insondable abismo que nos une”). Todo lo demás eran loas interminables: a mis senos, más blancos y bellos que los de Venus emergiendo del océano; a mis nalgas, redondas, plenas como una pintura de Ingres; a mis muslos, inspiración de Balthus, a mi espalda perfecta y a mi vientre. A cada centímetro de mi cuerpo, siempre en comparación con otras. Nunca, nadie había sido más hermosa que yo: ni los labios, mejillas, cabellos, ni los largos cuellos que me antecedieron podían competir conmigo, según Rex. Freud dice que en toda relación sexual hay en la cama al menos cuatro. En nuestro caso, había cuando menos veinte. O treinta. O eso creí al principio. Poco a poco fui dándome cuenta de que si hubieran llegado las examantes de Rex a instalársenos al cuarto habríamos tenido que salirnos por falta de espacio.

—¿No sería bueno que usáramos condón? —sugerí. Pero Rex fue categórico:

—¿Qué habría sido de los Grandes Amantes de la Historia de haberse andado con esas mezquindades? —dijo.

Acto seguido se levantó de la cama, se vistió y salió azotando la puerta.

Noche 386

Por alguna razón, me siento obligada a aclarar que tuve una infancia feliz, que mi padre me quiso mucho y que no fue machista. O tal vez sí, tal vez fue tan machista como otros. Pero esto nada tiene que ver entre Rex y yo. Lo que me pasa con él es cuestión de simple polaridad: los hombres buenos me aburren, igual que a todas las mujeres de mi generación que, como he dicho, es la X. Esto lo he podido constatar. La “corrección política” no es más que una forma cínica de la hipocresía. Es la pretensión de asepsia en los guantes de médicos con el bisturí oxidado. Y el mundo no es un quirófano.

Noche 514

Por las noches, después de despedirnos, Rex pone mi nombre debajo de su lengua. Allí lo guarda y paladea, como si fuera un chocolate. Para mí, en cambio, sus gestos se diluyen. Cuando no está, su cuerpo sobre mí desaparece. Sólo puedo recordar su voz. Como en una película que vi donde los personajes se dan cita por teléfono sin encontrarse jamás, Rex se me ha vuelto una presencia sonora, incorpórea. Rex es la forma de sus palabras. Y sus palabras, el amor que le han inspirado las mujeres que llegaron antes de mí.

Noche 702

Ayer trajo más mujeres al cuarto. Los nombres me sorprenden más que ellas mismas, me hacen imaginar mil y una posibilidades. La que Lloró con Ciorán, la Escorpionista, la Amada Inmóvil, la Monja Desatada. Todas con una historia y un modo de hacer el amor muy específicos.

—Mis mujeres fueron siempre voluntariosas —dice Rex—. Sabían elegir sus posiciones. Arriba, o con las piernas cruzadas, de lado, cada cual según su gusto y preferencias.

Mi papel no hablado era imitarlas. Y más aún: superarlas. Si improvisaba algún gesto, Rex me llevaba sutilmente a la postura de alguna de ellas, la Mujer de Alcornia Ancestral, por ejemplo, muy derechita sobre él aunque viendo al mundo con mirada desdeñosa, y me contaba su historia. Nunca llegué a conocer sus nombres verdaderos.

—Es por respeto —dijo Rex—. Para evitar que un día vayan a toparse por la calle.

Una tarde, haciendo el amor, tuve un levísimo atisbo de improvisación y al emprender, besando, el camino de su ingle a sus párpados, me comparó con Eva. “La primera mujer”, pensé orgullosa, y en respuesta caminé desnuda por todo el cuarto antes de que llegara Jehová y me corriera del paraíso.

Noche 996

Había perdido la cuenta de la frecuencia con que nos veíamos, dada la relatividad con que había empezado a transcurrir el tiempo y a que los caprichos de Rex habían crecido, como es lógico. Para llevarlos a cabo comenzó a posponer sus viajes y conferencias, lo que no era poca cosa dados los ingresos que percibía o, más bien, que dejaba de percibir por estar conmigo. Inventaba pretextos cada vez más inverosímiles para no llegar a las citas, para estar lejos de su familia, y comenzó a ejercer sus funciones amatorias como un corredor de bolsa de Wall Street, a tiempo y de modo implacable. Yo era su amante, dijo, se debía a mí. ¿Qué otra cosa podía hacer sino corresponder con el mismo fervor a semejante entrega? De la noche a la mañana me vi obligada a superar las cucullas de la Extremadamente Delgada, a sostener las piernas en vilo, por horas, como la Escorpiona, a perfeccionar los tiempos de la Rana o a quedarme quieta de perfil, como la Cucharita de Canto. Más frecuentemente, sin importar mi cansancio, debía moverme con frenesí extremo, agitando la melena al viento, como la Medusa de Ayer, la amante que más trabajo le había dado olvidar. Junto con los efectos de mi gimnasia amorosa debía soportar el hambre por horas, incluso días completos, pálida y ojerosa, sostenida sólo del comentario de Chateaubriand de que la Verdadera Amante ha de resistir los embates como una

ciudad en ruinas. Por si esto fuera poco, uno de los días en que habíamos hecho el amor durante horas, sin dar tregua a los días anteriores, Rex decidió prender la tele del cuarto de hotel donde nos citábamos. Casi muero de espanto al ver el estoicismo con que Sharon Stone, totalmente desnuda y sentada sobre su amante, se ponía una corbata alrededor del cuello y, sin dejar de moverse, aguantaba la respiración mientras él, hundido en el más puro gozo, la estrangulaba durante el coito.

—Déjale ahí —dijo Rex, sirviéndose otro whisky—, no vayas a cambiarle.

Y luego, mirándome con intención:

—Así luego podemos tomar algunas ideas.

Me levanté como pude y, adolorida, caminé al servir. Me explicó lo que haría conmigo cuando entrara al baño, cuando me agachara, intentando —inútilmente— vestirme, cuando horas después, me durmiera. “No habrá tregua”, advirtió.

Tomé una lata de coca cola y la acerqué a mi oído. A través de ella pude oír el bombardeo virtual de una ciudad imaginaria.

Noche 1000 y una

Ayer, por la tarde, quise ponerle un ultimátum: o ellas o yo. Fue un momento de desesperación, lo reconozco. Estaba agotada de competir contra otras, quería ser

amada por mí. “¡Pero si tú las contienes a todas!”, dijo Rex, emocionado. En ocasiones como ésta siento que no puedo defraudarlo. Lo peor que puede ocurrir es que llegue el día de mañana y que yo, solícita, me vea obligada a superar el placer de las noches anteriores. Lo segundo peor es que, agotado el repertorio, Rex me vea por fin tal como soy y decida entonces que ha llegado el momento fatal de hacerme formar parte del inventario.





**Cuentos
darwinianos**
se terminó de
editar en diciembre
de 2020 en las oficinas
de la Editorial Universidad
de Guadalajara, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Paola Vázquez Murillo
Jefatura de diseño

Mariana Hernández
Cuidado editorial

Cecilia Lomas
Diagramación